

CARLOS MA. DOMINGUEZ

POZO DE VARGAS

NOVELA



Lectulandia

Después de la batalla de Pozo de Vargas, librada por el general Antonino Taboada contra las tropas de Felipe Varela, el coronel porteño Mario Mendoza fue enviado a un pueblo de la montaña de La Rioja para reprimir nuevos brotes insurgentes. Mendoza descubre que su destino personal, y el de quienes lo rodean, se pierde en la vorágine que consume a todo el país.

«Pozo de Vargas» es una novela de notable acción dramática. Sus personajes legendarios, algunos ficticios, otros históricos, desnudan con hondo realismo la cruda antinomia entre provincianos y porteños.

Lectulandia

Carlos María Domínguez

Pozo de Vargas

ePub r1.0

Ninguno 28.09.14

Carlos María Domínguez, 1984

Diseño de cubierta: Vicente Martín, «Gaucho» (120 x 120 cm.)

Editor digital: Ninguno

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

«La superioridad del mundo se debe mucho menos a su propia fuerza,
demasiado brutalmente privada de toda orientación para permitirle
prevalecer, que a una problemática interna y no obstante necesaria del alma
lastrada de ideal».

Georg Lukács

Esta novela está ambientada en sucesos históricos pero su desarrollo dramático es, en todo caso, sólo verosímil. Ha transgredido lo real con intención de arrancarle un sentido necesario.

A mi padre, que ya no existe, sino bajo las tenues formas de la herencia.

Prólogo

El éxito de ventas inusual y las polémicas que despertó *¡Bernabé, Bernabé!*, de Tomás de Mattos, la obtención del Premio Casa de las Américas por Napoleón Baccino con *Maluco* (novela ambientada en la época de la Conquista Española), la aparición de *Hombre a la orilla del mundo* de Milton Schinca (que tenía al Artigas «de Paraguay» como protagonista) y la ambientación en el siglo XIX de *Los papeles de los Ayarza* de Juan Carlos Legido, a lo que se agregó el anuncio de que tanto Mario Delgado Aparain como Amílcar Leis Márquez estuvieran escribiendo novelas también ubicadas en el pasado, hicieron que la prensa y la crítica uruguaya hablaran en 1989 de un auge del relato histórico en las letras nacionales.

El casi riguroso y lamentable aislamiento que impide en los últimos años la existencia de una auténtica «cultura rioplatense», impidió también que en esas notas se establecieran vínculos con un fenómeno semejante vivido por las letras argentinas en los años 84 y 85, cuando la prensa porteña se encargó de destacar rasgos parecidos. En pocos meses se publicaron títulos como *El frutero de los ojos radiantes* de Nicolás Casullo, *En esta dulce tierra* de Andrés Rivera, la segunda y más difundida versión de *No se turbe vuestro corazón* de Eduardo Belgrano Rawson y *Ansay* de Martín Caparrós, todas novelas que buceaban en el pasado más o menos lejano de la República Argentina. Trabajos publicados en diarios o revistas discutieron los límites y características del relato histórico, desenterraron las clasificaciones inventadas por Manuel Gálvez (1882-1962) (quién habló de «novela arqueológica», «novela histórica propiamente dicha» y «novela de ambientación histórica»), y establecieron las obvias relaciones con la historia contemporánea en que dichos textos fueron escritos. Dentro de ese marco se instala *Pozo de Vargas*, primera novela de Carlos María Domínguez, que la colección Lectores ahora difunde en Uruguay, y que apareció por primera vez en la editorial Emecé con fecha de impresión en diciembre de 1984.

La anécdota es simple y violenta: comienza en una habitación rodeada por el saqueo posterior a la batalla de Pozo de Vargas, donde hablan un general (Taboada) y un coronel (Mendoza) que además medita; continúa con el envío del coronel a un lejano poblado, donde sus meditaciones no lo libran de participar minuciosamente de la represión y el castigo indiscriminado, a través de un juez de paz atado al aire libre que agoniza a lo largo de días; y culmina con una intrigante «redención» y la nueva puesta en marcha de la rueda de guerra y sangre.

Tal como lo apuntó más de un análisis publicado en los meses siguientes a su aparición, el texto de Domínguez participa de una intención general de investigación y buceo en las raíces de una historia que, después de un sanguinario «Proceso» militar que hizo «desaparecer» a decenas de miles de opositores, en el momento-

bisagra mismo en que se reingresaba a la democracia, deseaba descubrir o al menos intuir los cimientos de esa recurrencia aparentemente cíclica de la violencia política y social que en ese momento le parecía evidente a cualquier argentino, y de la que se deseaba escapar de una vez por todas.

El propio autor explicitó esos propósitos: *«Creo que la relación del coronel con el juez de paz es un tema de mucha vigencia, en la medida en que el proceso militar no pudo hacer con su enemigo otra cosa que expiarlo. La idea de dramatizar allí la imposibilidad del país de articular una síntesis compleja, en la cual se reconozca al adversario como necesario y configurador de la propia identidad, me pareció muy rica. No me interesaba el tema por el pintoresquismo provinciano o por esa época en sí. Desde luego me seducían las circunstancias de una guerra que tenemos muy olvidada, pero sobre todo me importaba el hecho de que los problemas de la cultura argentina siguen siendo esencialmente los mismos. No han sido resueltos. [...] Creo que el tema del poder es esencial en todo esto. La concepción del poder que se ha manejado en la Argentina, aquél donde el enemigo debe ser eliminado porque su sola existencia implica una amenaza a dicha concepción, tiene que ver con una tradición religiosa, que aspira a la totalidad y no admite alternativas. No hay posibilidad de coexistencia de lo distinto, sino una sola verdad, absoluta»*^[1].

En el aspecto productivo, Domínguez dedicó siete años a construir su breve novela. El primero lo dedicó a investigar prolijamente la época a través de libros y documentos, en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Los restantes, a elaborar hasta quince veces algunos de los capítulos. Lejos de dirigirse hacia un barroquismo cada vez mayor, esas reelaboraciones tendieron a volver la prosa cada vez más sintética y concentrada, hasta alcanzar la condición de una especie de guión cinematográfico filosófico y metafísico, no desprovisto de acción.

La resonancia que el intento de buscar en el pasado las razones del presente obtuvo en el público se basan en múltiples párrafos de la novela. Imposible no leer en 1985 una referencia al problema del juzgamiento y castigo (aún en ciernes en ese momento) de los crímenes del gobierno militar cuando el General Taboada le dice al coronel Mendoza: *«Algún día van a recordarnos. Hablarán de las brutalidades de la guerra en una mesa bien servida. Dirán que fuimos salvajes, héroes o traidores. Tal vez lo traten de asesino o lo condecoren»*. Más adelante, la posible relación afectiva entre Mendoza y Matilde se verá bloqueada por el abismo que separa lo civil de lo militar en una sociedad que no logra articularlos en un todo: mientras acaricia las botas de Mendoza la mujer le dice: *«Qué poca cosa somos los civiles y qué poderosos los que calzan estas botas. Qué bien saben doblegar las palabras al dominio de la fuerza y rendirlas a su voluntad. Lo que ya no se sostiene ustedes pueden mantenerlo levantado, y lo que goza aún de jerarquía, con qué facilidad saben degradarlo»*.

En un plano más amplio, propiamente histórico, la visión del autor se zambulle en

esa mezcla de militarismo y política que caracteriza a la trayectoria argentina, y cree descubrir, con pesimismo, que su génesis es la del país mismo: *«¿Sabe cuál es la diferencia entre los ideales democráticos franceses y los nuestros? No tuvieron que independizarse de ningún país. Si la Revolución de Mayo no hubiera sido apoyada por Belgrano y San Martín habría durado lo que un fósforo. Se lo habrán enseñado de mil maneras, pero ni San Martín ni Belgrano sospechaban que dejaban antecedentes aprovechables para una sarta de capitanejos. Nuestros militares son políticos porque nuestra política sigue siendo militar. Necesita un solo enemigo adelante, y triunfar es exterminarlo»*.

Esa riqueza de ideas interpretativas, hay que aclararlo, constituye apenas el telón de fondo del argumento mismo de la novela. Escrita con nitidez cinematográfica, describe sin embargo las dudas y oscuridades psicológicas del coronel Mendoza, un «cuadro intermedio», apretado entre las órdenes «de arriba» y el movimiento impreciso «de abajo», que se siente obligado a reprimir cada vez con mayor violencia. Sus cavilaciones abundan lo suficiente como para que termine siendo no sólo un representante de la tristemente célebre «obediencia debida» sino también, por extensión nada forzada, un ejemplo de intelectual (o «alma lastrada de ideal», según la cita de Lukács) a quien la conciencia de las dificultades de elección, lejos de permitirle una salida ética más limpia, lo conduce a realizar con acentuado sufrimiento lo mismo que los demás ejecutan sin tensiones, incluso volcando ese sufrimiento hacia afuera con inútil crueldad.

Un elemento más sutil, secreto, recatadamente personal, aparece en las últimas páginas, aumentando la riqueza de este texto ubicado en tiempos que el autor no vivió. La novela está dedicada a un *«padre que ya no existe, sino bajo las tenues formas de la herencia»*, y Mendoza encuentra un castigo refinadamente sesgado cuando, en vez de verse disuelto catárticamente en la misma violencia que ejerció, resulta perdonado, dejado de lado, pero a la vez redimido, por una figura sólidamente paternal. Una figura que de inmediato se aparta, para volver a hacer andar la rueda eterna de la guerra, aunque comprendiendo a quien *«está herido en la cabeza y cansado»* de vivir en ella.

Elvio E. Gandolfo

(*) La batalla de Pozo de Vargas, acaecida en las inmediaciones de la ciudad de La Rioja en abril de 1867, enfrentó a la montonera del caudillo catamarqueño Felipe Varela con las tropas santiagueñas y tucumanas del Gral. Antonio Taboada. Fue la primera vez que se enfrentaron dos ejércitos del interior, el último de ellos en representación del gobierno nacional, que por entonces encabezaba Bartolomé Mitre. La derrota de Varela acabó con la guerra civil y en gran medida con los sueños de este *Quijote* que fue a morir a Chile, sin renunciar a su profunda vocación latinoamericanista. La guerra con el Paraguay, la Organización Nacional y el aluvión inmigratorio sepultaron el huesario de una Argentina que, desde entonces, reproduce su metáfora irredenta.

I

La luz de la tarde penetraba por el ventanal abriéndose en abanico sobre los muebles y el piso de madera. De los rincones del salón se desprendía un fuerte olor a mohó, atenuado apenas por la tibieza del sol. A través de las gruesas puertas de la sala llegaban los ecos de la tropa en las galerías y corredores del casco. Parado cerca de los ventanales, el coronel Mendoza contempló la mujer del cuadro. Un capotón violeta cubría todo su talle y bajo sus pliegues abiertos asomaban unas manos de niña sosteniendo un ramillete. La severidad del entorno, adosado a una criatura que ni siquiera había nacido como mujer, parecía prolongarse en las grandes cuencas que recorrían la pared, al costado del cuadro, sosteniendo un crucifijo de plata.

La figura del Coronel, alta y firme, contrastaba en la penumbra bajo un haz de luz que hacía relucir los botones y charreteras de su uniforme. En el sillón del escritorio, el General acariciaba su ancho bigote y tiraba de las puntas enredándolas con sus patillas. Se desprendió la chaqueta hasta la mitad del pecho y eructó...

—Así que los gringos quieren cobrar...

Mendoza se dio vuelta para mirarlo.

—O que devuelvan lo que robaron de las tiendas.

—Y las mujeres se quejan...

—¿Qué haría usted?

—Salvamos la ciudad. ¡Es justo que haya una recompensa!

El otro sacó tabaco de un bolsillo. A contraluz, el sol encendía su cabello rubio y ocultaba sus facciones.

—Los soldados entraron en las casas, saquearon los negocios. La gente está alterada. De todos modos, no es la primera vez que esto ocurre ¿verdad?

—No somos franciscanos, ni jesuitas, pero pusimos el pellejo, antes y también ahora. Que se aguanten entonces y pasen al Presidente las cuentas de la guerra.

Mendoza sonrió levemente.

—Bonita pintura —comentó armando un cigarro. Taboada adelantó el cuerpo cargándolo sobre un brazo. Miró el cuadro. Desvió la mirada hacia el Coronel y luego se reclinó. Sus ojos quedaron fijos en el vacío.

—Carroñas de mostrador —dijo entre dientes—, gringos cobardes. ¡Hasta los hombres se escondieron en la iglesia! Por el culo los hubiera sacado con estas manos... No me gustan, nunca me gustaron los comerciantes. Piden que los protejan y no quieren dar nada a cambio. Son capaces de brindar a cualquier salud mientras asegure la de ellos. ¡Carajo con esa diplomacia!

El Coronel encendió el tabaco. De un soplido apagó el fósforo y volvió a colocar la cajilla en un bolsillo de su chaqueta. Giró hacia la pared exhalando una bocanada de humo. Pensó en que debía haber ido al Paraguay junto con su hijo; era mejor

enfrentar a un mariscal que tener que tratar con un gaucho ladrón de vacas.

Una lluvia de pelusa retozaba en los conos de luz que cruzaban la penumbra. Por allí pasó el cuerpo pesado del General tambaleándose entre los sillones. Era un hombre bajo, Taboada, de piernas cortas y chuecas. Se recostó contra el marco del ventanal y corrió toda la cortina.

A lo lejos, partidas de soldados enterraban los cadáveres con palas y azadones. Largas columnas de humo vagaban por el cielo, nacidas en hogueras donde se quemaban los restos mutilados. Bueyes y mulas tironeaban de las carretas transportando las armas del combate. Al detenerse, un grupo de hombres cargaba algún herido que caía desplomado sobre la pila de fusiles, lanzas y tercerolas. Bajo el sol abrasador las mujeres lloriqueaban buscando parientes. Las acompañaba un sacerdote y cada vez que alguna de ellas se arrojaba al suelo para ceñir un muerto, las demás en ronda iniciaban una plegaria. En el campo de Vargas, entre el humo y el gentío, se levantaba una enorme cruz de madera. Trepado al poste, un hombre escribía con una brocha humedecida en cal: «Vencidos» en el brazo que señalaba al norte y «Vencedores» en el que indicaba el sur. Hacia un lado y otro, la tierra removida de las tumbas endurecía y mudaba de color.

El General fue bajando la vista hasta el patio del casco. Un muro bajo rodeaba toda la casa y en cada esquina un soldado adormecido se calcinaba al sol con los pies colgando hacia afuera y el fusil cruzado sobre las piernas. Voraces, en el pozo de la basura, se arremolinaban las moscas. Un grupo de bisoños jugaba a las cartas bajo el alero. Peleaban y discutían arrebatándose botellones de vino, coca, candeleras y piezas de plata. Del otro lado del paredón pasaban los heridos y carretas hacia las tiendas de campaña que se levantaban detrás del casco. Taboada apoyó el brazo en el marco de la ventana y habló mirando hacia afuera:

—De chico, mi madre me decía: «Antonio, cuando vengas grande serás obispo». Me llevaba a la iglesia todos los días y me daba estatuitas de santos para que jugara. Una tarde pusimos con Gaspar todos los santos en fila y los molimos a pedrazos. Si me viera ahora... diría que soy un salvaje como mi padre.

Mendoza, de espaldas, miraba los papeles del escritorio. Cuando sintió en la nuca la mirada del General tomó la botella y volvió a servir.

—Las mujeres nunca entenderán las cosas de la guerra —dijo caminando hacia la ventana con las copas en la mano—, pero puede faltar poco para que ni siquiera necesiten entenderla.

Taboada se apoyó en el respaldo de una silla y miró el suelo.

—Esta guerra lleva más de cincuenta años y son los que tengo. Bien puede ser ella la que acabe conmigo.

—No parecen palabras del General que acaba de ganar una gloriosa batalla...

El otro le arrebató la copa de la mano y la bebió de un trago. Primero la apretó

con fuerza entre los dedos. Lo miró a los ojos. Bajó la cabeza. El vidrio se hizo añicos contra la pared.

—¡Setecientas bajas fue el saldo de este combate! Los muertos no hablan de gloria. ¿Hasta cuándo en Buenos Aires van a seguir con esa farsa? La puede usar Mitre si quiere gastar pólvora en el Paraguay pero la guerra del país sólo trae desgracia. —Apretó los labios con fuerza. Un mechón de pelo negro le caía revuelto sobre la frente. Mendoza le alcanzó su copa de licor, el otro la vació.

—Me pregunté muchas veces... cuándo llegará el día en que sea colgado por una jauría de miserables y mi cabeza se exhiba al pueblo por culpa de esa maldita Constitución. Un soldado no debe pensar en la muerte, pero se equivoca si nunca lo hace.

El General se desplomó en el asiento y Mendoza tomó la copa de sus manos. Fue hasta el escritorio y regresó con el botellón. Taboada mantenía la cabeza gacha y estaba empapado en sudor.

—Algún día van a recordarnos. Hablarán de las brutalidades de la guerra en una mesa bien servida. Dirán que fuimos salvajes, héroes o traidores. Tal vez lo traten de asesino o lo condecoren. Ahora mismo Dávila y sus amigos festejan el triunfo paseando con sus señoras del brazo, sus bastones y galeras, pero usted y yo estamos todavía sin bañarnos, con olor a pólvora y borrachos.

Había alzado la cabeza y sus ojos extraviados miraban con vehemencia al hombre que tenía enfrente.

—Somos pólvora disparada —continuó—, nunca los que apretamos el gatillo. Lo matarán en un callejón. Me fusilará un pelotón expresamente preparado en algún lugar de la República. Moriremos perseguidos y haciendo patria.

Taboada quedó mirándolo fijo. Alzó una ceja y esbozó una sonrisa. Después sus rasgos se hundieron en una mueca de desprecio y agregó:

—Mitre presiona fuerte, tiene poder. Pero Santiago del Estero es tierra madre, ha parido ciudades, y ni los montoneros ni el gobierno nacional vendrán a joder lo que nos costó tanto trabajo conquistar. Hay algo que se llama diplomacia y un precio se paga siempre. Fue duro, pero mis hermanos Manuel y Gaspar hoy manejan el gobierno y las finanzas. Yo fui el militar de la familia y jamás me resigné a serlo. En un tiempo daba prestigio. Hoy no soy más que un muñeco. ¡Me importa un carajo la política!

El General se abalanzó sobre el botellón. Sirvió otra copa y la extendió a Mendoza. El otro negó con la cabeza pero Taboada volvió a insistir. Había un nuevo brillo en sus ojos. El Coronel aceptó. Bebió el contenido de un trago mientras el General empinaba el botellón.

—Hay cosas que un hombre debe hacer aunque no quiera... —dijo Mendoza por lo bajo—. El General asintió.

—Como por ejemplo sumarse al proyecto nacional y pelear contra otro ejército hermano. Esta guerra es dura para todos...

Taboada se alzó del sillón y caminó hacia la pared. Giró sobre sus talones y llegó a la ventana. Retrocedió, volvió a avanzar.

—¡Le quitamos el agua a Las Mesillas! Usted mismo se encargó de conseguir al traidor. Había changos entre ellos, morían de sed y casi nos ganan. Me he pasado la mitad de la vida peleando pero nunca tuve que hacer tocar una zamba para dar vuelta una batalla. Ese hombre no es un General. Es un diablo. Un General no arruina su ejército así.

Mendoza negó con la cabeza.

—Varela no es un diablo. Es un fanático. Saben pelear. No saben ganar. Siempre llega un momento en que el entusiasmo los pierde.

—El entusiasmo, dice. Conozco la tropa. Sé cómo tratarla y hasta dónde puedo contar con ella. La ambición puede llevar a la batalla pero el coraje es quien decide. Mis tropas tienen orgullo. No tienen ambición. Y les canta el culo los ideales por los que pelean. De no apelar a su coraje hubiéramos corrido despavoridos por las calles de la ciudad, aunque fuéramos más.

—Usted olvida la inteligencia —dijo Mendoza incorporándose en el asiento—. Ninguna guerra civilizada se gana sin criterio. ¿Puede más el coraje que una maniobra oportuna? ¿Sirve el orgullo sin disciplina? Estamos peleando contra la barbarie pero nosotros tenemos una cabeza. La cultura es nuestra ventaja. El adiestramiento europeo y el poder de nuestros ejércitos.

—¡A la mierda con la civilización! No va a pensar en las reglas de avanzada cuando tiene delante cinco gauchos con sus lanzas chorreando sangre. En el culo nos metemos el poder de nuestras armas si un ejército diezmado es capaz de acogotarnos. Así son las cosas en nuestro país: astucia y coraje, lo demás es meada de maricones. Nadie cree aquí en los papeles de la política, esa cacana solemnizada y mentirosa que usan los que no saben conquistar el poder.

—Usted mismo habló hace un rato de diplomacia; por lo demás la manera en que ha salvado la batalla es un gesto de inteligencia, inusual, pero inteligencia al fin. —Taboada lo miró fijo, tenía la cabeza gacha y los ojos alzados. Había un dejo de tristeza en aquella mirada severa, de pronto vacilante, aunque el Coronel no lograba discernir si se debía al licor o a haber rozado un sitio oscuro de su conciencia.

—Si yo fuera inteligente —dijo sin sacarle los ojos de encima—, no me hubiera metido en esta carnicería.

Mendoza apagó la colilla del cigarro en la placa del cenicero. Se reclinó en el asiento y exhaló humo por la nariz.

—Tenga paciencia, General. Un hombre debe saber perdonarse. Llegará la paz si obramos como corresponde.

—No habrá paz con estos desgarrones, no mientras el puerto siga creciendo a costa de los demás; usted lo comprende tanto como yo. Podemos ganar una batalla pero no curar las heridas. Tarde o temprano renacerá esta guerra, una y otra vez, con otros ejércitos o de otra manera. El sueño del país está roto, hace mucho que comenzó a sangrar y ya no dejará de hacerlo nunca.

—La unión es nuestra posibilidad.

—Es nuestra mentira. Hay provincias, las más fuertes devoramos a las más débiles. Nos aliamos, nos declaramos la guerra. Podemos cantar un himno pero no podemos dejar de desconfiarnos. Vale la pena defender el territorio en el que fuimos criados, pelear por él y cuidar sus fronteras. Por el puerto ustedes dejan entrar las fibras inglesas, pero aunque Gaspar lo negocie y Manuel lo mande, yo le aseguro que no tocarán ni un pedazo de nuestra tierra santiagueña.

El General volvió a empinar el botellón. Se pasó el brazo por la cara y escupió a un costado. Minó el retrato de la pared y sonrió con lascivia.

—Necesito ahora las caderas de una mujer. Son cariñosas y discuten menos que los coroneles.

Se levantó del sillón y caminó hacia el escritorio. Mendoza asintió con la cabeza.

—Descansará con una de ellas si antes concluye lo que empezó.

Taboada giró sobre sus talones y le clavó la mirada. El Coronel se alzó del asiento.

—Necesito cien hombres para ir detrás de Varela.

El General trastabilló. Tenía los ojos chiquitos y le temblaban los labios.

—Soy yo el que da las órdenes —dijo golpeándose el pecho con el puño.

—Por eso le estoy pidiendo autorización...

El otro frunció el entrecejo. Sintió un mareo fuerte. Mendoza se precipitó:

—Varela va hacia el sur con pocos soldados mal comidos, sedientos y llenos de cansancio. Sería fácil en esas condiciones tenderle una emboscada. Debe ser el último de los caudillos montoneros. Lo derrotamos aquí, acabémoslo ahora de una vez. Usted no cree en la paz de la República y sinceramente lo comprendo, casi hasta podría llegar a compartir su pensamiento. Pero al menos no negará que la insurrección del noroeste hace peligrar la aparente tranquilidad de su provincia, aun la suya propia. Créame, puede dejar de torturarse: ni lo colgarán ni habrá pelotón capaz de asesinarlo. Una decisión suya lo convertirá en el orgullo de su pueblo, en el General que acabó para siempre con el asedio de la insurrección montonera...

La voz exaltada de Mendoza era un zumbido embarazoso en los oídos de Taboada. Sentía el estómago hinchado y la vista se le nublabá haciéndolo bambolear hacia delante. Dio media vuelta, llegó a los tumbos hasta la mesa baja y hundió la cabeza en la palangana. Mendoza, crispado, lo siguió detrás.

—¡Es el último paso que nos falta dar, acabémoslo ahora!

Una y otra vez, de espaldas, Taboada hundía la cabeza en el agua; resoplaba dentro del recipiente como un animal sediento. Mendoza trató de serenarse y volver en sí. Decidió esperar a que el otro acabase de zambullirse en la tinaja. Le habían dicho que era un hombre duro y difícil de tratar. Lo supo desde el primer instante en que se presentó. Y con igual exactitud habían calculado sus dudosas convicciones, el riesgo de que la tarea no fuera terminada. Sabía que lo iba a lograr, se lo repitió para sí.

El General estiró el brazo y Mendoza buscó la toalla. Se la alcanzó. Secándose la cara y la cabeza el otro caminó pesadamente hacia el escritorio. Se desplomó en el sillón y con una seña indicó al Coronel que tomara asiento enfrente. El griterío lejano del patio envolvió de nuevo a los dos hombres. Las voces se mezclaban entre sí para llegar como un solo eco en el que se distinguía alguna que otra risotada. Nacía del amontonamiento, se alzaba endeble y volvía a caer en el sumidero. Taboada inclinó el cuerpo sobre el escritorio y cruzó las manos. Su mirada se había limpiado. Habló sin prisa y en voz baja:

—¿Cómo sabe que Varela va hacia el sur?

—Es demasiado orgulloso y fanático para darse por vencido. Como ha hecho otras veces empezará con pocos hombres y armará un ejército. La miseria es buena proveedora de soldados. Volverá entonces al sur. Antes de que llegue a Jachal le caeré encima.

—¿Qué haría con él?

—Lo llevaré a Buenos Aires y será juzgado por un tribunal militar.

—¿Quién puede garantizar eso?

—Es mi palabra.

—Irrazábal también dio su palabra y en cuanto pudo degolló al Chacho.

Mendoza torció la boca. Trató de contener el gesto.

—Sabe muy bien que, concretada una acción así, ganaría el apoyo directo del Presidente. Entonces podría ser que Mitre intermediara ante los Bancos para que otorgaran los créditos que necesita su provincia...

Taboada asintió con la cabeza cerrando los ojos. Volvió a abrirlos y lo miró con serenidad:

—Usted no es un fanático, Mendoza, piensa las cosas más veces de lo que hace falta. Eso es bueno. ¿A qué vino?

—Me trasladaron para serle útil, General.

—¿Y por qué pensaron que me sería útil?

—Yo recibo órdenes...

—Seguro. Y además tiene ideas propias. Le pregunté por qué pensaron que necesitaría su ayuda.

Mendoza tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—No entiendo el motivo de su pregunta, General.

El puño golpeó con estruendo sobre la madera de la mesa.

—¡Y yo no respondo motivos, Coronel!

De pie, la mano de Taboada aplastaba los papeles y sus ojos despedían un brillo iracundo.

—Usted es una pulga inteligente. Puede pasar una tarde entera bebiendo sin emborracharse. Es tan paciente como para estar horas escuchando las groserías y ofensas de un bárbaro del interior. Escuche bien lo que voy a decirle porque va a ser la primera vez que pida consejo a uno de mis coroneles.

Mendoza se irguió en el asiento.

—Yo respondo órdenes del Mando Mayor, General...

—Pero mientras permanezca aquí está bajo mis órdenes. Eso dice la carta que me entregó. ¿Qué hace un General cuando uno de sus colaboradores es demasiado hábil, casi más listo que el propio General?

Mendoza se revolvió incómodo y agachó la cabeza. La luz de la tarde le daba sobre la caña de las botas.

—Se lo aprovecha —dijo finalmente.

—¿Y después?

Demoró en contestar. Una gota de Sudor resbaló por su sien izquierda.

—Después se lo tiene cerca para controlarlo.

Taboada lanzó una carcajada y se recostó hacia atrás.

—Gracias —dijo de pronto, sin dejar de sonreír—. Es todo.

Mendoza titubeó. Iba a decir algo, pero el otro negó con la cabeza.

—Es todo —repitió.

Abandonaba la habitación cuando oyó la voz pausada del General a sus espaldas.

—Mañana por la tarde sale para Olta. Se quedará en el pueblo consolidando la presencia del ejército en la región. No tiene autorización para moverse de allí hasta nueva orden. Preséntese temprano y elija veinticinco hombres.

II

—Le va a salir unos pesos más —dijo el viejo haciendo sonar la bombilla del mate.

Mendoza se recostó y golpeteó con los dedos sobre los billetes esparcidos en la mesa.

—Me va a cobrar el secreto...

—Puede que les vaya el pellejo, y los postillones son muchos jóvenes. Además, ¿usted cree que me van a pagar...? —dijo señalando con la cabeza hacia la parte delantera del boliche, desde donde llegaba un estruendo de voces y carcajadas.

—Me funden —agregó—. Son buena gente pero me funden —volvió a decir, esta vez sacudiéndose con los ojos muy abiertos. Mendoza miró hacia la puerta que separaba los ambientes y después lo encaró de nuevo.

—Ya le di el doble de cuando me trajo y ahora sólo es hasta Córdoba.

El hombre cargó el mate y llamó a su mujer. Ella entró al momento secándose las manos en el delantal. Era más joven que el pulpero y sus ojos lo miraron con ansiedad.

—¿Preparaste el pedido de los Villa? —La mujer negó con la cabeza.

—Hacelo ya. ¿Qué hacen? —agregó el viejo.

—Se toman todo... —contestó ella, casi gimiendo.

—¿Les dijiste que los iba a cagar a tiros si se metían con vos? —La mujer asintió.

—Meté todo lo que puedas y que Juan te dé una mano. Decile que le pida a Don Mariano que nos guarde el resto, hasta que se vayan.

Ella volvió a asentir y salió. El hombre se fregó una rodilla y quedó pensativo. Mendoza sintió que el otro lo ignoraba. Arrojó otros tres billetes sobre la mesa y el viejo miró primero de reojo. Después recogió todo el dinero.

—Usted decide cuándo salimos —dijo poniéndose de pie.

—Mañana a las seis en punto.

Mendoza se despidió. Estaba por salir cuando vio al sargento Saravia en una de las mesas. Quiso retroceder pero el otro lo reconoció y se saludaron. El Coronel se abrió paso entre los soldados tratando de ganar la puerta. Saravia lo llamó.

—Está por viajar, Coronel... —dijo a toda voz. Mendoza se detuvo y un sudor frío le corrió por el cuello. Inventó una sonrisa y se le acercó.

—Sólo vine a buscar noticias.

—Seguro —dijo el Sargento sonriendo—; noticias hacen falta siempre... A ver si usted nos resuelve un problemita. —Agarró de la pechera a un soldado borracho que estaba en la mesa y volvió a mirarlo—. Usted estuvo en el ala izquierda con nosotros. Este buen soldado dice —se interrumpió para echarlo hacia atrás y el hombre quedó mirándolo con ojos boleados y alegres— que después de la primera carga y cuando se produjo el desbande, Irrazábal nos mantuvo juntos bajo amenaza de muerte. Yo le

digo que si el cuerpo de caballería resistió unido fue porque las pelotas que les faltaron a los infantes estaban todas ahí.

—Sargento... —dijo Mendoza con fastidio—, usted mismo estaba encargado de hacer cumplir esa orden. Por lo demás, también es cierto que no hubo que blear a nadie.

Saravia se reclinó hacia atrás y se frotó la cara como si hubiera recibido un cachetazo. El otro sonrió.

—Che, Sargento —interrumpió uno—, escuchá lo que cuenta Felipe. —Todos miraron a un hombre bajito, de pómulos salientes y aindiados, que en la mesa vecina había conquistado la atención de los demás.

—Después de ese choque quedé perdido. Las líneas ya estaban muy abiertas y en el aire había un humo que no dejaba ver a tres metros. Caminaba por ahí tratando de encontrar a los nuestros cuando de pronto me topo con uno. Estaba algo maltrecho, el hombre, y cuando me vio se quedó tieso. Yo le pregunto: «¿De quién sos?». Y él dice: «De los nuestros». «Pero ¿quiénes son los nuestros?», pregunto de nuevo. «Los nuestros», me responde. Ya veía yo que el tipo tampoco sabía con quién hablaba. Entretanto se me había ido retrocediendo hasta un fusil que había ahí, tirado entre los pastos. «Decí de quién sos o te chumbeo» le digo. El otro agarró el fusil, me apuntó y disparó, pero el arma estaba descargada. Yo le tiro a mi vez y se me traba la bala. Nos quedamos frente a frente mirándonos en silencio y sin saber qué hacer. Al final el tipo se dio vuelta y echó a correr.

—¿No lo seguiste? —dijo uno.

—No..., pobre cristiano. Si Dios no había querido que nos matásemos y yo tenía tal susto que ni sabía dónde estaba.

Los otros rieron y Mendoza aprovechó el momento para irse. Había llegado a la puerta cuando sintió que lo tomaban del brazo. Se volvió y encontró el rostro sonriente de Saravia.

—¿Y buscaba alguna noticia en especial? —dijo—. No crea que soy indiscreto pero quizá pueda ayudarlo. Me gusta ser útil... —agregó.

—Mañana salgo para Olta —dijo tratando de disimular su excitación—. Prepárese porque es posible que lo lleve conmigo.

—Será un gusto, Coronel.

—Ahora tengo muchas cosas que hacer. Preséntese mañana temprano.

Saravia asintió con la cabeza y volvió a entrar en el boliche. Mendoza quedó parado en la puerta. Por un momento pensó en cambiar sus planes. Después desistió y atravesó la ciudad.

Caía la noche y el desorden de las calles iba en aumento. Soldados borrachos vagaban por todas partes, canturreando y gimiendo, solos o abrazados con algún compañero. En las tiendas y ante el ruego inútil de los comerciantes, hombres

robustos cargaban lienzos, telas y bolsas repletas de mercancías. «Me lo encargó mi madre», decían. «No llores, papito, defendimos tu dinero».

En la plaza, frente al Municipio y al compás de las guitarras, los soldados se entregaban al ritmo de zambas y chacareras. Un tucumano enorme, en el círculo de los bailarines, se quitó la venda de la cabeza y danzó, usándola de pañuelo, mientras la sangre chorreaba por su chaqueta. Tenía una pierna herida y se bamboleaba. Una larga melena le cubría la cara y entre las mechadas sudadas de la frente sus ojos fulguraban. El golpe de las palmas fue un solo latido y el fragor de los encordados creció hasta sangrarlo. Tambaleaba en el centro de la ronda cuando lo cargaron cuatro hombres ante el aplauso de sus compañeros. Deliraba el tucumano y nombraba a una mujer.

Cuando Mendoza llegó a la casa de Dávila los criados cerraron las ventanas que daban a la calle. Apagaron los candelabros y dejaron iluminado el sector de los sillones. El rumor de la ciudad se silenció, pero los estrépitos se recostaron contra los postigos. El Coronel saludó y se acomodó entre los asistentes, momentos antes de que la profesora de música tomara asiento frente al clave y el primer acorde interrumpiera las conversaciones.

Una humareda de tabaco flotaba en la sala hacia el patio, por donde entraban las criadas con bandejas de refrescos. La luz de las velas aceraba los perfiles de las damas que se abanicaban guardando el más duro silencio. Alguna tos acalló los últimos murmullos y la melodía envolvió el aire de la noche. Los dedos de la Señora Eloísa corrieron de un extremo a otro del teclado, regordetes y blancos, aplastando con dulzura negras y corcheas.

La música enlazó especulaciones, miradas lascivas, un tráfico de mutuos entendimientos. Cada tanto los acordes eran interrumpidos por detonaciones cercanas, por el golpe de los fusiles contra los cerrojos, por el grito arrebatado de la tropa buscando domicilios montoneros. Se crispaban los dedos sobre el teclado, aferrados y mudos. Eloísa carraspeaba, pedía disculpas y trataba de recuperar el ritmo.

Apartado del grupo, el Doctor Dávila se acariciaba la barbilla con la vista fija en la alfombra. Giraba la cabeza pero sus ojos hinchados permanecían inmóviles, como dos piedras en sangre. De a ratos hundía una mano en el bolsillo del chaleco. Contemplaba la hora en su reloj de oro y volvía a guardarlo pasándose una mano por la cara.

A las nueve de la noche golpearon la aldaba del frente. Uno de los criados llevó el mensaje hasta la sala luego de asegurar la puerta y despedir a los chasques. El vocerío creció al verlo avanzar con la nota extendida en la mano. Matilde se alzó del asiento y fue junto a su esposo. Dávila abrió la carta y leyó primero para sí. Sus ojos habían retomado el brillo y la papeleta tembló entre sus manos.

—Te felicito —dijo Matilde por lo bajo. Él asintió con la cabeza. Le buscó la cara pero ella habla dado media vuelta regresando a su sillón. El silencio fue total y Dávila leyó en voz alta:

—«A la honorable sociedad riojana, con mis distinguidos respetos. A través de ésta hago llegar a vuestras mercedes mi voluntad de no intervenir en los asuntos internos de la provincia. Respetaré las condiciones de la carta traída por el Coronel Mario Mendoza, avalando con el Superior Gobierno de la Nación, la candidatura del Doctor Don Nicolás Dávila como nuevo Gobernador de La Rioja. Saluda a vuestras mercedes el General del Ejército del Norte, Don Antonio Taboada».

Dobló el papel y bajó la cabeza conteniendo el nudo de su garganta mientras hombres y mujeres aplaudían al unísono. Matilde, con una seña indicó a las criadas que podían traer las copas para el brindis.

—¡Tenemos nuevo gobernador! —gritó exaltado el sobrino del nuevo gobernador. Junto a la chimenea, recostado contra el borde de mayólica, el coronel Mendoza contestó con una sonrisa las miradas de agradecimiento.

Los invitados fueron acercándose a Dávila que, ruborizado, tendía la mano y agradecía a media voz. A un costado su madre lloriqueaba abrazándose con las damas. Luego de los brindis Dávila se retiró con un grupo de hombres al salón comedor para discutir las medidas a tomar. Los demás invitados regresaron a sus casas y el Coronel permaneció en la salita luego de rechazar la invitación a participar en las deliberaciones.

Uno a uno; no era un buen resultado después de atravesar tantas leguas de camino polvoriento. Era casi una derrota. Se dejó caer en un sillón y aceptó la copa que le tendió una criada. Fue bebiendo con lentitud mientras imaginaba la furia del general Taboada cuando lo buscara por toda la ciudad para mandarlo a ese mísero confín del mundo. La cara morena del General iría enrojeciendo y, rasgándose, sus ojos llegarían a ser una sola línea de odio. Un chasque urgente a Buenos Aires pediría su encarcelación por desertor y era posible que tomaran alguna medida. Sus enemigos recibirían la noticia con agrado.

Matilde salió del salón comedor y llamó al criado. Le entregó una carta para el general Taboada y ordenó que la llevase enseguida, que si lo liberaban, dijese a Don Miguel que en unos días se reuniría con él en su casa. Cuando advirtió la presencia del Coronel se acercó y tomó asiento en el sillón de enfrente. Le alcanzó una bandeja de bocadillos pero Mendoza negó con la cabeza y agradeció. Comenzó a armar un cigarro tratando de descifrar el sentido de lo que acababa de escuchar. Ella cruzó las manos recostándose en el espaldar. Desde el comedor llegaba el murmullo excitado de las conversaciones.

—Es una noche agitada ésta... —dijo Matilde apartando los rizos negros que caían sobre una de sus mejillas. Mendoza encendió el tabaco mirándola con atención.

Las luces de los candelabros jugaban en su cuello y sus labios rojos oscilaban como si fueran a decir algo pero volvían a cerrarse.

—Devuelve favores... —dijo el Coronel. Matilde lo miró sorprendida.

—No pude evitar oírla —agregó Mendoza. Ella sonrió dándose tiempo, sin evitar que los músculos de su cuello, demasiado desnudo, delataran su nerviosismo.

—Se trata de un pariente. Es algo impulsivo y lo han confundido. Mi esposo está preocupado por él y me dio el encargo.

—Lamento que sucedan estas cosas. ¿Dónde se encuentra? ¿Puedo hacer algo por él?

—No, no —contestó Matilde adelantándose—. No se preocupe usted. Acaso ya se encuentre bien.

—Si me diera el nombre... —insistió Mendoza, atento a la creciente perturbación de ella.

—De verdad se lo agradezco —contestó Matilde rehaciéndose—. Si es necesario contaré con usted. ¿Se quedará mucho tiempo?

Mendoza guardó la cajilla de fósforos antes de contestar.

—Parto en la mañana.

—Vuelve a Buenos Aires...

—Debo ir a Olta a reflexionar sobre mi habilidad militar.

—¿Por qué a Olta?

—Necesito ambiente pueblerino.

Ella sonrió, apretando la gracia entre los labios.

—No iré a creerle semejante mentira...

—Y yo no iré a contarle órdenes confidenciales.

Matilde, inclinada hacia delante, lo miró fijo; había en sus ojos oscuros mezclado desprecio y diversión. El Coronel la observaba con serenidad, envuelto en el humo del cigarro.

—Quiere decir que no estará para el nombramiento oficial... Se librará de una pésima pantomima.

—¿Lo cree usted?

—Aquí no tenemos teatro como en Buenos Aires, pero tenemos una iglesia catedral en donde hubo más nombramientos que misas de gallo.

—Nuestra última conversación no fue muy agradable ¿verdad? —contestó Mendoza acomodándose en el sillón—. Podríamos no repetirla tratándose de mi última noche aquí.

—¿Lo ofendí de veras con aquello de los perritos falderos?

—Conozco a muchas personas, incluyendo a su esposo, a quienes la comparación no les hubiera causado mucha gracia.

—Sólo estaba bromeando. Creí que era menos sensible a esas cosas.

El Coronel mordía el cigarro con fuerza pero Matilde no pudo percibir ni un solo gesto de sobresalto.

—A decir verdad, creo que trató de ofenderme. Sería más sincera si lo manifestara directamente. Claro que ustedes aquí, no tienen teatro como en Buenos Aires...

Ella lo escuchó con gravedad. Luego cambió el semblante y sonrió.

—Coronel, me gusta usted porque no hace ningún esfuerzo por caer simpático. Si hay algo que disfruto es la soberbia militar. Tuve un tío que fue Mayor de Campo. Nunca mostró lo que sentía, para todo tenía una opinión absolutamente formada, jamás cedió ante la exigencia de nadie y era capaz de batirse por la más mínima ofensa. Me trataba con frialdad pero sin indiferencia. Lo mató en un duelo un jovencito de la ciudad que había insinuado cosas que me comprometían. Su bala quedó trabada en el pistolón.

—Fue valiente...

—Valiente y muy estúpido. Aceptó el arma que le ofreció su enemigo. Nadie supo explicarme hasta ahora, si estar muy seguro de sí mismo es una virtud o una idiotez. Ahí lo tiene al bravo Quiroga. Estaba tan seguro de su autoridad que la creyó eterna. Sólo el balazo que Pérez le entró por el ojo pudo convencerlo de que había nacido el hombre capaz de matar a Facundo Quiroga.

—Una bestia puede con otra bestia...

—Sobre todo si se la entrena bien...

Mendoza torció la boca y exhaló una bocanada de humo.

—Pensé que las mujeres del interior, aun más que las porteñas, pasaban el tiempo bordando detrás de las ventanas y ocupándose de la servidumbre.

—Se equivoca.

—No quise ofenderla.

—De ninguna manera. Lo tomo como una ignorancia.

El Coronel se levantó del sillón y aplastó el cigarro en el cenicero.

—Con su permiso —dijo inclinándose—, me retiraré a mi habitación. Si es esta la última vez que nos vemos quiero agradecerle la hospitalidad que me han ofrecido.

Matilde se levantó.

—Ha sido un placer, Coronel. Espero que no quede enojado conmigo...

Mendoza volvió a inclinarse, dio media vuelta y atravesó la puerta que comunicaba al patio.

Se sentía abatido. Le esperaban muchos días de viaje y no estaba en las mejores condiciones para afrontarlo. Las negociaciones habían terminado y la batalla perduraba en su memoria como un rumor sangriento que iría desvaneciéndose. Su estadía en La Rioja lo había sumido en una agitación constante y ahora, frente a la posibilidad de regresar, una fuerte angustia lo ganaba. Estaba en juego su carrera

militar pero lo inquietaba más la confusión que lo envolvía en un anillo de imágenes y voces. Le dolía el pecho como si algo allí se hubiera quebrado y su respiración moviera las astillas. Nadie de quienes lo rodeaban parecía tener que ver con él y sin embargo algo en ellos lo atraía con fuerza. Un sentimiento orgulloso y retrógrado que no obstante les daba cierta dignidad envidiable. Quizás una predisposición al ímpetu irracional y franco. Una especie de ceguera del espíritu que no reconocía otras reglas que la propia necesidad de manifestarse.

En medio del desasosiego, sólo la idea de volver a Buenos Aires lo tranquilizaba. Sentía una inmensa necesidad de caminar otra vez por su ciudad y olvidarlo todo. En lo más callado de la noche palpó su soledad. Recorrió su vida como si se tratara de una larga sucesión de acontecimientos articulados por su voluntad, y sintió por primera vez que la voluntad era su virtud y su tragedia.

Clareaba el día cuando el criado llamó a la puerta y el Coronel lo hizo pasar indicándole el lugar de las maletas. Acababa de afeitarse y su rostro cansado reflejaba cierto entusiasmo. Caminaron en silencio por la galería bordeando el patio. El aire limpio del amanecer anticipaba buen tiempo y los objetos recuperaban sus formas bajo la luz azul de la mañana. El criado iba adelante cargando las valijas y al llegar a la puerta las depositó en el suelo para quitar el cerrojo. Abrió la hoja y salieron. Cuatro soldados hacían guardia junto al portal y uno de ellos se les acercó.

—¿El coronel Mario Mendoza?

El Coronel asintió con la mirada desencajada.

—El general Taboada, interesado por su seguridad, nos mandó montar guardia en su domicilio. Tenemos órdenes de acompañarlo hasta el campamento.

Mendoza miró hacia un lado y otro aspirando con violencia el aire de la mañana. Cerca de la esquina, una res yacía sobre la calle con el costillar abierto.

III

La tarde se agitó cuando la renga apareció en la calle seguida por sus perros. Los que la vieron pasar enmudecieron. La Martita parecía quebrarse a cada paso y sacudía la cabeza en el frenesí de la carrera. Algunos la siguieron hasta que se detuvo en la puerta de la iglesia. El sol daba sobre la fachada inundándola de luz y los pájaros peleaban un lugar para la noche en la torre del campanario. Giró y quedó quieta, estremecida de fatiga frente al barullo. El pelo le cubría la cara y de sus labios brotaban globitos de saliva que se empeñaba en quitar con la muñeca. Una rodilla le chorreaba sangre y miró con susto y risa, todo mezclado en lo barroso de sus ojos. Algunos insistieron, pero la mayoría a los gritos dispersó la nueva.

La noticia rebotaba en cada uno y a todos abrazaba. ¿Y si fueran mentiras de la condenada, sólo placer de alborotar y vengación? El Padre Roque, subido al campanario, llamó al poblado:

—¡Nada más seguro que la casa de Dios! ¡Apuren el paso y dejen los valores! — Su voz potente abrió la confusión como un rayo de luz—. ¡Que los hombres cierren las puertas y postigos y se junten luego en la capilla! ¡Nicolás, sube a tu montura y avisa en la sierra, que nadie baje! ¡Suncho, deja de corretear esa maldita cabra y ve con los que te sigan a componer la iglesia! ¡No traigan animales que no es el diluvio lo que viene!

Por las puertas del atrio entraron atropellándose mujeres y niños, ancianas llevadas en andas, perros, gallinas y chivos; iban apretujándose unos contra otros sobre los costados de la nave. La luz que penetraba por las altas ventanas proyectaba círculos amarillentos sobre los santos y las paredes. Sacudidas de estruendo las calles fueron vaciándose y un viento caluroso lamió los muros y las puertas. Por último los hombres ingresaron en la iglesia y el padre Roque trancó las puertas tras de sí.

Algunas ancianas se agolparon frente al altar y se persignaron: «Ahuyenta la guerra mi Señor, échala como a perro hambriento. Corre la desgracia, que no roben ni nos maten los maridos, que no haya rabia en su corazón. Protégenos, virgen patrona...». En medio de la penumbra, entre el lloriqueo de changos y mujeres la voz del cura ordenó rezar como cristianos.

La coja se apretó contra una de las paredes sumida en la inquietud y el ansia. ¿Sería su soldado, aquel hombre que tumbándola bajo el monte prometió buscarla? Sólo tenía que esperar así, con la cabeza gacha y apretada en el tumulto hasta escucharse pronunciada o alzar la cabeza para verlo entrar. Resonaría su quebrado paso ante el murmullo del pueblo. La despreciada y para todos huraña, robada en amor correría el miedo, las malas lenguas... Fuera su soldado y agradecería a Dios la vida.

Cuando oyeron el ruido de los cascos interrumpieron el salve y quedaron

callados. El galope de los caballos rodeó la plaza como un río desbordado sobre la tarde. Hombres y mujeres miraron las puertas donde acababa o irrumpiría el mundo, apretándose entre sí, buscando el cuerpo del otro, el calor y la respiración del otro. Sólo sentían el bufar de la caballada y el sonido de su paso que finalmente se detuvo frente a la iglesia. Era tenaz el gorjeo de los pájaros sobre los árboles, extenso como un silencio. Detrás de las puertas, lo otro palpitaba en acechante, desconocida presencia.

Cuando tronó la voz el cura saltó del altar y corrió a grandes pasos hacia la puerta aquietando el desconcierto, lo habían llamado. Se recostó contra el portón y miró por la rendija. Bajó la cabeza y enrojeció. Volvió a poner el ojo:

—¿Qué quieres? —gritó.

—Vamos, abre...

—¿Qué diablos haces aquí, por dónde has venido?

—Roque ¿es ésta una manera de recibir a tu prima? ¿Dónde está la gente?

—Responde por dónde has venido...

—Por la cuesta del Comeguaico, pues.

—Llega una tropa de soldados por la pampa norte...

La mujerona se sacudió en la montura y miró a sus hombres.

—Déjanos entrar.

—Nada tienes que hacer en la casa de Dios, vete antes que te sea tarde.

—¿Pecarás contra el pariente? ¿Así me tratas después de andar leguas sólo para traerte un recado de tu madre?

—A otro con el cuento.

—Lo tomas o lo pierdes...

—Jura que es cierto.

—Sal a recibirlo o acá mismo lo quemó por ingrato.

El cura se recostó de espaldas y apretó los labios. La escuchó desmontar y aproximarse. Titubeó. Las mejillas le temblaban. Cuando sintió el ruido del yesquero quitó la tranca y entreabrió el portón extendiendo el brazo. El puñal atravesó la mano y se incrustó en la madera de la puerta. Roque quedó inmóvil mirándose la herida que, primero pálida, fue cubriéndose de sangre. La mujer le acarició la cabeza y se abrió paso. Un sombrero negro le cubría la frente y su cuerpo robusto parecía reventar el chaleco de lana de cabra y sus pantalones. Dos aros de cobre pendían de sus orejas y un pañuelo rojo le ajustaba la garganta. Algunos la reconocieron y murmuraron su nombre. La Pachanay saludó tomándose el ala del sombrero. Retrocedió unos pasos y ordenó a sus hombres que desmontaran. Uno de ellos llevó a ocultar los caballos en la sierra y los demás ingresaron confundiéndose entre la gente. El padre Roque la miraba con ojos furibundos.

—Satanás es mejor que tú —dijo entre dientes. Ella le sujetó el brazo y arrancó el

puñal. Lo limpió en su pierna y volvió a calzárselo en el cinto. Rasgó un pedazo de su camisa y le envolvió la mano con cuidado.

—Curará en unos días —dijo—. Más tarde hablaremos.

La Pachanay ordenó que lo encerraran en la sacristía y se quedaran con él. Después trancó nuevamente las puertas. Corrió hacia una de las ventanas y, parada sobre las espaldas de dos hombres, miró la calle.

A los pocos minutos un jinete entró al galope en la plaza y la rodeó agazapado sobre el lomo del animal. Lo siguió otro y luego desaparecieron por donde llegaron. Un momento más tarde escucharon el ruido de la tropa. De tres en línea arribaron los milicos por la calle norte. Avanzaban atentos, con los fusiles desenfundados y en cruz sobre las monturas. Traían los uniformes cubiertos de polvo y las cabezas altas. Veintitrés contó, con el que iba adelante. La tropa dobló en la esquina de la tienda y tomó por la calle de la iglesia. Caminaron unos metros y se detuvieron. El que los comandaba se adelantó unos pasos. Contempló el caserío, erguido sobre los estribos. El sol descendía sobre los cerros y su luz amarillenta se recostaba en los cercos de pircas y los paredones de las casas dorando los revoques. Dos cuadras más allá comenzaban las huertas y luego el monte salvaje de la sierra. Un chico cruzó a lo lejos arrastrando una oveja por el cogote. El hombre miró hacia todos lados girando en su caballo. Escudriñó los techos bajos de las casas por donde el viento silbaba entre las cañas y aguardó.

Desde la capilla llegó la queja de una cabra. A una seña suya cuatro soldados corrieron hasta ambos lados del pórtico y prepararon los fusiles. Los demás cubrieron la entrada, alzaron las carabinas y apuntaron. El Sargento ordenó que abrieran. Ladraron algunos perros y luego el portón crujió. Los hombres se lanzaron contra las hojas abriéndolas de par en par. Retrocedió la gente hacia el fondo de la nave y la tropa se atascó en las puertas; unos de pie, otros montados en sus caballos, quedaron inmóviles como negros muñecos de cera con las carabinas altas. El pueblo guardó silencio amontonado sobre el altar y envuelto en la luz rojiza que penetraba por las ventanas. El Sargento miró al Coronel, sacó del bolsillo una papeleta y acomodando la voz leyó:

—«El Coronel Mario Mendoza, a cargo de esta partida y por orden del General del Ejército del Norte, don Antonio Taboada, saluda al pueblo de Olta informando que el día 11 de este mes, fueron vencidas en el campo de Vargas las tropas rebeldes de Felipe Varela. El Ejército del Norte ha devuelto la tranquilidad a la Provincia y de ahora en más la única autoridad del pueblo se constituye en la persona del Coronel de este regimiento, y su palabra ha de ser acatada y respetada como la del representante del Superior Gobierno de la Nación». —Tomó aire y continuó:

—¿Quién es la autoridad en este pueblo?

Apenas un murmullo nació del tumulto. Algunos mantenían la cabeza gacha y

otros miraban acongojados a la tropa, haciendo girar sus sombreros en las manos o apretujándolos entre sus dedos. Aguardaron unos minutos, pero nadie contestó. El Coronel ordenó retroceder hasta el centro de la calle. Dos soldados penetraron en la iglesia y arrojaron un hombre hacia fuera. El viejo quedó parado, balanceándose, con las manos tomadas adelante. El Sargento volvió a preguntar y el otro respondió con voz profunda, apenas entendible:

—Y tiene que haber... cómo no va a haber...

—Decí quién.

El viejo se rascó la nuca, miró al suelo y después al Sargento. Entre las arrugas de la cara sus ojos destellaban.

—Pero es cuestión de estarse y rispetar. Los que están de seguro tienen... el que no está también. —Mendoza se adelantó:

—¿Quién no está?

—El hombre no está, pues.

—¿El Juez de Paz...?

—Ése... —contestó el viejo echándose hacia atrás.

Mendoza se esforzó por entender.

—¿Quién es el Juez de Paz? —insistió.

—Pero digo yo que será ése que le dicen el Churo.

—¿El Churo...?

—El que tiene los animales gordos.

¿Era posible que el anciano se insolentara sin miedo o sólo desvariaba? Mandó que trajeran a otro. Los soldados volvieron a entrar y un hombre salió a los tropezones deteniéndose junto al viejo.

—¿Cómo te llamás? —preguntó el Coronel.

—Brisiano, señor.

—Brisiano qué...

—No más que Brisiano.

—¿No tenés apellido?

—Yo no sé, señor...

—¿Tu padre cómo se llama?

—Era Justino mi padre.

—Justino qué...

—Huertaba, señor, demás tejía puyos y vendía lejos...

Mendoza se reacomodó en la montura y se quitó el sudor de la frente con el brazo. Trató de contener una súbita furia y volvió a preguntar:

—¿Dónde está el Juez de Paz?

El otro se encogió de hombros.

—No lo he visto —dijo. El Coronel le arrojó su fusta al Sargento que atajándola

en el aire avanzó hacia Brisiano y le golpeó la cara una y otra vez.

—¿Quién es el Juez de Paz? —vociferó el milico. El otro alzó la vista hasta el Coronel. Tenía la cara marcada y habló conteniendo la respiración:

—De cuántas fue el viejo y después su hijo, el Rumbiadito. A veces hace y a veces no hace, yo no sé por qué.

Nuevamente el Sargento le cruzó la cara. Lo agarró de la pechera. Lo arrojó al suelo y le hundió la bota en el estómago. Brisiano se dobló en un quejido. Los soldados volvieron a penetrar en la iglesia.

Mendoza desató el chifle y bebió un trago de agua. Quería terminar cuanto antes y no lograba entender por qué el pueblo le ocultaba ese nombre. Esperaba una contienda armada y había caído en una emboscada de palabras. Dos soldados se le habían fugado durante la travesía después de apuñalar y robar a un compañero. Desde entonces los hombres habían empezado a desconfiar unos de otros y permanecían muy atentos a sus armas. Sabía que la misión no les gustaba y que buscarían algún modo de sacarle provecho. Sólo el Sargento parecía responder fielmente a sus órdenes. Si quería mantenerlos debía exagerar su autoridad.

Cuando bajó la vista un muchacho flaco lo miraba asustado con las manos apretadas a los costados.

—¿Cómo te llamás? —preguntó.

—Suncho me dicen y mis padres son muertos.

El Coronel asintió en silencio. Lentamente Brisiano se puso de pie. Recogió su sombrero y volvió a colocarse junto al viejo. Suncho lo siguió con la mirada y luego giró bruscamente la cabeza:

—Ayudo en haceres a mi patrón. Junto leña y sé llevar los animales pur ai.

—¿De quién son los animales?

—De mi papacito, pues.

Mendoza se reclinó sobre la montura. Apretó los puños y acentuó cada palabra:

—Quiero saber cómo se llama, no cómo le decís.

El muchacho hizo señas de no entender.

—¡El nombre! —gritó el Coronel. Retrocedió unos pasos el otro y contestó tartamudeando:

—Se... se llama patrón pai, el Churo, pregúntele a él que le dirá con gusto...

Mendoza quedó mirándolo fijo. Tenía los ojos enrojecidos y retorció con furor las riendas de su caballo.

—Traigan a otro —dijo sin sacarle la vista de encima. Suncho se apretó contra Brisiano y bajó la cabeza.

—Justino Miranda, de Talamuguna —dijo un hombre bajo, de pómulos salientes, que se detuvo junto a los otros. Mendoza hizo una seña y el Sargento le preguntó por el Juez de Paz. El otro vaciló, frunció el entrecejo, negó con la cabeza y arrugó la

quijada. El fustazo le mordió el cuello y el hombre gritó exaltado:

—¡No sé, señor, maraña es... paz qué, maraña es...!

Dos rebencazos más en las rodillas lo dieron por tierra. El indio vociferaba sujetándose las pantorrillas.

Mendoza saltó de su montura y entró en la iglesia. Los que estaban allí retrocedieron empujándose. Agarró a una mujer, por el brazo y con la otra mano le sujetó la mandíbula.

—¿Quién es? —dijo entre dientes. Ella cerró los ojos temblando y empezó a sollozar. La soltó y arrancándole el bastón a un viejo fue contra los hombres. Se detuvo frente a ellos, jadeando, y comenzó a descargar palazos sobre los cuerpos que en vano trataban de cubrirse. Las mujeres gritaron apretando los niños contra sus vientres mientras los hombres se dispersaban bajo la lluvia de golpes. Tomó a uno de la bayeta y lo empujó hacia afuera girando con él.

—¡Quién! —gritó y su voz tronó en la capilla rebotando en las paredes altas de la nave que repitieron una y otra vez la pregunta. El hombre quedó parado en el pórtico conteniendo la respiración. Le temblaron los labios y pareció querer pronunciar algo.

Salió a grandes pasos de la iglesia y fue hasta su caballo. Apoyó la cabeza sobre la montura. Sus manos se aferraron a los arreos. Sintió en la nuca la mirada de la tropa y creyó oír una burla. Lentamente alzó la vista hacia los campesinos que guardaban fila frente a la capilla. Desenfundó la carabina y fue hasta ellos. Empujó al anciano hacia atrás y preparó el tiro.

—No me mates, Coronel —pidió el viejo—. ¿Qué preguntas?

Mendoza le apuntó entre las cejas. Dos lágrimas resbalaron por las mejillas terrosas del anciano. De su pecho brotaba un sonido afónico, profundo.

—No me mates, Coronel —repetía. De pronto giró, y comenzó a correr a los saltitos dándole la espalda. El sol se había ocultado tras los cerros y una luna azulada cubría el caserío. Mendoza, con la vista fija en las espaldas del viejo, llevó hacia atrás el percutor.

—¡Miguel Jacinto del Moral! —la voz llegó desde la iglesia. El Coronel torció la cabeza y vio al padre Roque que se abría paso entre la gente agolpada en las puertas.

IV

—Nos quedamos —dijo el Chaparro. De las hojas de coca los ojos del Churqui fueron hasta el indio. Esperó como a la boca de un camino; supo que había más. Demetrio les echó una mirada rápida y desvió la vista. Tomó un trago de agua y escupió.

Bajo la noche, la sierra era una inmensa oscuridad atenuada por el brillo de los astros y el fuego. A su alrededor los hombres conversaban en grupo o con sus armas, esperando la llegada de la Pachanay y el sueño. Joaquín había cazado dos peludos y los giraba en las llamas para que se cocieran parejos dentro del caparazón. Algunos masticaban charque o fumaban apartados, donde la luz no alcanzaba más que a rozarles una mitad del cuerpo.

El Churqui sabía que ésa era la mirada de un hombre que tenía tratos con lo que nunca se mostraba como el agua o la piedra. Creía en él aunque esas cosas lo inquietaran. Cuando pensaba en sus años de arriero, de salteador de caminos, la sangre se le iba a los ojos. La guerra hizo de él un matador y después, perdido el miedo a la muerte, se había entregado al saqueo buscando la huella que dejaba tras de sí. Una venganza siguió a la otra, como un lazo al que estuviera sujeto. Cuando se juntó a las tropas del Chacho pelear era un motivo, algo había en la gente alzada que lo emocionaba. Las derrotas lo encontraron con cuentas personales que saldar, un hermano, una mujer, pocos muertos pero suficientes para obligarse a tomar revancha. Al tiempo de juntarse a la Pachanay se cobró la muerte de la mujer y siguió de bandido con los demás. Tuvo más enemigos que antes pero ninguno de valer. Cada vez que el Chaparro leía sus coquitas le parecía oír la voz del que le había puesto ese lazo y le venían ganas de volver sobre la cuerda y embestir.

—Seguí —pidió— que más dice...

—Habría bala, mucha rabia...

—¿Adónde dice eso? —interrumpió Demetrio alzándose del suelo.

—Digo lo que veo —contestó el otro.

—Lo que veo yo es que mentís, de acá vamos no más aclarar.

—Un parecer camina con otro...

Demetrio se alejó unos pasos y luego dio media vuelta:

—Yo te voy a preguntar algo bonito. El Churqui pregunta tristezas. A ver si tus coquitas saben eso... —Giró y llamó a los demás—: ¡Vengan a escuchar algo buenazo que pregunto para que conteste el Chaparriente!

—¿Y para qué? —respondió uno sin moverse de su sitio—. No hace falta poner la oreja en la cara del burro para escucharlo rebuznar. —Los otros rieron y Demetrio frunció el entrecejo. Rió después, dándose tiempo.

—No te contesto porque me apura la pregunta. La voy a hacer en voz bien alta así

la escuchan hasta las culebras... —Giró otra vez y quedó parado frente al Chaparro —: ¿A quién ha de llevarse la tía esta noche a dormir con ella?

Los demás festejaron la pregunta, rieron y esperaron exaltados. El Chaparro cruzó una mirada rápida con el Churqui, que se había apartado unos pasos. Algo trató de insinuarle que no llegó a entender. Sus manos juntaron las hojitas y las volvieron a derramar. Se sucedieron las bromas mientras el indio acariciaba las nervaduras contemplándolas. Demetrio lo vigilaba tan expectante como descreído.

—Eso no dice —murmuró.

—¿No sabés quién?

—No sé.

—¿Pero has leído o no has leído?

—He leído.

Quizás el tono o la inclinación de su boca, hizo que los hombres fueran haciendo silencio. Los que estaban alejados se aproximaron y los demás se acomodaron en sus sitios ganados por un repentino temor.

—Dice que un hombre esta noche compartirá su deseo. El hombre pondrá una semilla que le crecerá dentro. Si se la quita muere el hombre, si la deja... moriremos todos.

Demetrio intentó decir algo. Se pasó una mano por el cuello y caminó despacio, dejándose caer junto al fuego. Los demás quedaron callados, como arrojados a una intemperie. Miraban las llamas que, chisporroteando entre los leños, se iluminaban a sí mismas. Un jarro, un puñal clavado en tierra, dos peludos asándose. Alcanzados por la luz que avanzaba y retrocedía peleando con las sombras, eran bultos abandonados a la oscuridad, arrojados a la forma, frágiles como una ilusión o un sueño.

—¡El Chaparro miente! —gritó Demetrio incorporándose—. Dice porquerías, nos quiere meter chuchos de puro cabrón. Está envidioso porque la Tía ya no lo lleva a dormir con ella, no le da la satisfacción.

El indio le clavó la mirada y fue levantándose, sus mejillas terrosas se habían encendido. Recogió las hojitas y las guardó. Después llevó su mano a la cintura. Con el antebrazo envuelto en un poncho los dos hombres se entreveraron. Los demás hicieron rueda entusiasmados con el combate que los libraba del presagio.

—Voy a marcarte para que aprendas a no mentir —dijo Demetrio y se abalanzó. Amagó abajo y tiró a la cara. El acero del Chaparro desvió la puñalada, lo empujó hacia atrás y le saltó encima. La punta de su facón se trabó en el poncho del otro y reculó. Giraron dentro de la rueda atentos a cada movimiento, con las piernas abiertas y el cuerpo echado hacia atrás. Demetrio balanceaba su daga dejando floja la muñeca para tensarla sólo cuando fuera preciso. Sabía que el indio era rápido pero menos fuerte. Si conseguía trabarle lo marcaba.

Los aceros volvieron a chocar cuando el Chaparro amagó a un lado y entró por el otro. Las vainas chirriaron y Demetrio torció la cabeza sin evitar que la punta le rasgara el cuello. Le apoyó la daga en el pecho y el indio retrocedió. El tajo fue ligero pero la piel se cubrió de sangre. Se pasó una mano midiendo la herida y quedó un momento con la vista extraviada. El Chaparro lo esperaba a distancia, bien echado hacia atrás y afirmando su parada. Sabía que, de haberlo hecho más profundo, hubiera decidido la pelea. Ahora en cambio lo había sobado.

Los ojos de Demetrio enrojecieron mientras volvía a acomodarse. Demoró como si estuviera delante de nadie y luego alzó la cabeza esperando que el miedo entrara en el corazón del indio. Los demás en ronda, presintieron. Fue hacia adelante y se detuvo en la mitad de la acometida. Otra vez se repitió y a la tercera cayó sobre el otro. Quedaron atajados con los brazos mientras los puñales cruzados en alto descendían hasta sus cabezas. El acero de Demetrio fue acercándose a la mejilla del Chaparro y se hundió despacio en su piel. La muñeca llevó el filo hacia arriba y abajo ensanchando la herida.

—Tomá, para que apriendas... —dijo entre dientes. El indio se estremeció y tomando impulso logró despedirlo hacia atrás. Con la cabeza gacha y el facón caído, quedó palpándose la carne abierta mientras la sangre corría por su brazo. Permaneció atontado en el centro del círculo hasta que escucharon el silbido del Rosario avisando la llegada de la Pachanay. Los hombres rompieron la rueda y el Chaparro y Demetrio se alejaron buscando el arroyo.

Cuando la Tía arribó al campamento saludó apenas y se recostó junto al fuego. Paseó la mirada sobre sus hombres y hundió la vista en las llamas. Joaquín le alcanzó una presa y comenzó a comer sujetándola con ambas manos. Los demás seguían sus movimientos y esquivaban la mirada cada vez que la Pachanay alzaba la cabeza. No tardó en percibir la inquietud de su gente.

—¿Qué hay...? —preguntó. Los hombres calzaron miradas y bajaron la vista.

—Si nadie habla voy a hacerlo yo —dijo dándose vuelta. Arrojó un hueso a las llamas y bebió un trago de alcohol. Luego se alzó el ala del sombrero.

—Hablé con mi primo Roque y sé que no le dijo nada. Lo que no es ventaja porque todo el pueblo sabe que estamos en la sierra. Vinimos a visitar a mis primos y no a pelear; sabemos lo que se merece ese collarejo pero no está solo y esa tropa llegó bien armada. —Se interrumpió y guardó silencio mirando a sus hombres—. Podríamos darle un merecido —continuó—, hacerles saber que también por aquí hay valientes, pero... están muy completos con sus fusiles y cartucheras, con sus botoncitos dorados... —Esta vez los miró de reojo y se llevó otra presa a la boca. Se ocupó en devorar la carne, como si eso concentrara toda su atención.

—Yo digo que nos volvamos —dijo el Chato alzándose sobre los demás—. La

Tía tiene razón, están hasta los dientes. Cuando se enteren van a venir a buscarnos.

—Y van a encontrarte de culo y rezando —contestó el Chileno provocando la risa de los demás.

Rosendo se incorporó acercándose al Chato. La mirada le brillaba.

—¿Y para qué hemos de pelear? ¿Para qué vamos a poner la sangre nuestra? ¿Plata hay...? ¿Hay que demostrar que somos corajudos al pedo...?

—Al pedo no —contestó el Musha jugando con una rama entre las manos—. Los demás guardaron silencio.

—Si alguno más cree que no hay motivo, que se pare y lo diga —interrumpió la Pachanay mirando al resto. Nadie dijo nada.

—Chato, ¿cuántas madres has tenido? —incredó ella arrojando los restos de la presa y limpiándose las manos en el pantalón.

—Responde. ¿Te acuerdas?

—Sí, Tía —contestó el otro.

—¿Qué fue de ella?

—Se fue.

—A buscar a tu padre, ¿no? —El otro asintió con la cabeza.

—A buscar a tu padre que se había ido con el Chacho. ¿Y qué fue lo que les pasó a ellos?

—Los fusilaron.

—¿Y no es motivo vengar sus muertes?

El hombre asintió con la cabeza.

—Y Rosendo, ¿por la plata nomás peleas?

—Por la plata —contestó el otro.

—¿Y para qué querés plata?

—Para tener, pues.

—¿Y si yo te cobrara lo que te he mantenido?

—Te pagaría.

—¿Cómo?

El otro titubeó.

—Pagame ahora —dijo echándose hacia atrás—. Lo haremos pedazos, pero antes dejaremos que nos busque. Ya hablaremos de eso. El Chato, Juan y el Churqui harán guardia esta noche. El Chato y Juan vigilando las dos sendas, en lo alto, y el Churqui más acá, cerca del campamento. —Se incorporó quitándose el sombrero y desprendió sus cabellos. Su mirada había perdido la expresión dura y sus labios recuperaron cierta sensualidad.

—El día ha sido largo —dijo— durmamos ahora. —Se apartaba hacia donde estaban sus mantas, separadas del resto por un peñasco, cuando ordenó:

—Musha, ven conmigo.

Permaneció en su sitio el hombre, paralizado. La Pachanay le buscó los ojos sin entender.

—Ven, te digo.

El otro bajó la vista y jugueteó con la ramita.

—Ven tú, Rosendo —dijo y dio media vuelta. El otro intentó un gesto de disculpa y desapareció en las sombras. Ella se detuvo por segunda vez. Giró y les clavó la vista. Su respiración se había agitado y los labios le temblaban conteniendo la furia. Los hombres permanecían con las cabezas gachas, quietos y turbados. Escupió al suelo y se alejó.

El Churqui sacó tabaco y armó un cigarro. El sonido de los grillos y la letanía de la noche estaban a punto de adormecerlo. La luna había nacido entre los cerros y ahora iluminaba poderosa en lo alto, blanca y preñada. Dejó el fusil recostado contra una roca y caminó hacia el campamento buscando el fuego de las brasas. No supo por qué pero se detuvo cuando llegó a la senda que llevaba hasta la Pachanay. Permaneció quieto unos instantes, confundido, como si lo del tabaco hubiera sido una excusa y de pronto se le revelara su intención. Titubeó atrapado por el deseo, un deseo violento que lo incitaba con voracidad. La boca se le inundó de saliva y se pasó una mano por el cuello. Creyó sentir que lo llamaban y se estremeció. Bajo el frío de la noche su cuerpo ardía. En vano trató de contenerse, de creer que no había escuchado, de simular que sólo había ido a buscar una brasa. Otra vez oyó la voz o le pareció oírla. Inútil tratar de alcanzar el fuego, tironear del lazo, pensó. Caminó sin hacer ruido con la esperanza de no encontrarla. Cuando se acercó lo suficiente vio a la Pachanay sentada, recostada contra una roca y cubierta por una manta. Ella abrió las piernas descubriendo su desnudez.

Su mirada parecía atravesarlo y sus abultados senos se erguían erizándole la piel. Fue hacia ella como hacia lo irreparable, seguro ya de que Dios era esa mujer.

V

Cuando el soldado estaba por cerrarlas, el jinete taconeó su caballo y se abrió paso entre las rejas. El guardia llamó al Sargento y Saravia desde la galería mandó apuntar al intruso. Vestía de negro y el sombrero que le cubría la frente, de alas anchas y de fieltro, acentuaba un aire de dignidad que desconcertó a la tropa.

Saravia fue a su encuentro y sujetó con una mano las bridas del animal.

—En mis pagos se pide permiso —dijo. El hombre lo miró y asintió con la cabeza.

—Llamá a tu Coronel —ordenó.

—Antes me va a pedir permiso y también va a saludar. Después veremos lo que se puede hacer por usted.

—Permiso tendrías que pedir vos, indio de mierda...

El Sargento retrocedió arrastrando el caballo por las bridas y llevó su mano a la cintura. Iba a echársele encima cuando el Coronel lo tomó de un brazo y lo apartó. Acababa de reconocer al hombre que esperaba y, por el estado del animal, dedujo el agotamiento de ambos. Saravia se frotó el cuello sin dejar de mirarlo.

—Mi casa no es un fortín, Coronel —dijo el Juez de Paz con ojos furibundos.

—Lo es en estos momentos —contestó Mendoza. Sostuvo su mirada primero y luego la desvió hacia la entrada. Moral se volvió. Algunas personas se habían agolpado en las rejas de la calle y apretadas contra los barrotes resistían las amenazas del guardia. Junto al muro una yegua arrancaba sus manojos de flores y comenzando por el tallo las hacía desaparecer entre sus enormes dientes amarillos. El Juez se acomodó en la montura y volvió a mirarlo. El sol de la tarde ardía volcado sobre el patio y los hombres.

—Coronel, desaloje mi casa —dijo mirándolo con gravedad.

Mendoza se apoyó en uno de los postes que sostenían el tinglado. Apretó los labios y negó con la cabeza.

—Lo lamento pero no será posible. —Quedaron un momento en silencio.

—Coronel, desaloje mi casa —repitió el otro como si lo dijera por primera vez. Mendoza hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y trazó con la punta de su bota una línea sobre el polvo.

—En cuanto se baje del caballo podré explicárselo. —Moral permaneció un rato con la vista fija en el Sargento. Luego se arrojó de la montura y penetró en la casa.

La recorrió de una punta a la otra registrando el estado de las habitaciones y sólo entonces entró en su cuarto, ocupado con los bagajes del Coronel. Tomó asiento en el sillón de su escritorio y apartó con el brazo unos papeles. Mendoza cerró la puerta tras de sí y quedó observándolo mientras Moral revisaba la cerradura de los cajones, los anaqueles de la cómoda que lindaba con el camastro; iba y venía colocando los

objetos en distintas posiciones. Por último volvió a sentarse y golpeteó con los dedos en el brazo del sillón.

—De verdad me gustaría que nos entendiéramos —dijo Mendoza recostado aún contra la puerta—, y dudo que lo hagamos sin esfuerzo.

Moral había bajado la cabeza pero sus ojos se agitaban vehementes.

—No he venido a su casa sólo a ensuciarle los pisos...

—Y las cortinas. Están manchadas... —agregó el Juez.

Mendoza caminó hacia el escritorio y tomó asiento. Trató de mantener un tono cordial.

—Conoce mi nombre y sabrá que respondo órdenes del general Taboada.

El otro asintió.

—Debo cumplir una misión y es necesario que aquí me quede. Este es el mando del General.

Moral leyó la papeleta y la dejó caer sobre el escritorio. Luego se recostó y alzó la vista.

—Reemplazará mi autoridad —dijo y Mendoza afirmó. El Juez enrojeció. Se levantó del sillón y aplastó los papeles del escritorio.

—Usted responde órdenes de un *ckéchoj*, un policía miserable... —Sus párpados latían sobre los ojos inmóviles y fijos en el Coronel—. Ocúpese de mandar en el pueblo pero desaloje mi casa.

Mendoza bajó la vista y se sacudió el polvo de la bota. Podía sentir las palpitations de Moral, su inútil excitación. Se reclinó en la silla y volvió a mirarlo. Permaneció un rato en silencio; tenía suficiente como para olvidarse, si quería, del Juez de Paz. Chasqueó los labios y apoyó un brazo sobre el escritorio.

—Colabore conmigo y seré atento con usted. —Y adelantándose aún más agregó—: No sea necio.

El Juez hizo esfuerzos por contenerse. Retrocedió con lentitud. Acomodó unas plumas en el tintero y fue hacia la ventana. Permaneció de espaldas al Coronel mirando unos soldados que conversaban echados bajo el techo de la galería. Tenían las ropas abiertas y gesticulaban comentando el incidente.

—Nadie quiso darme su nombre —dijo Mendoza sin volverse—. Sé que no está vinculado a los Montoneros pero necesito confirmarlo. ¿Quiere responderme por qué?

Moral no contestó. El Coronel giró en la silla colocándose de frente

—¿Dónde estuvo?

—En la ciudad.

—¿Qué hacía allí?

—Descansaba en un pesebre mientras la ciudad era saqueada.

—No es fácil contener las desmesuras —dijo el Coronel con la vista fija en las

espaldas del Juez—. Los hombres ganan una batalla y piden a cambio algo que los haga olvidar. ¿En qué pesebre descansaba usted?

—En el Regimiento de Caballería. No se lo recomiendo.

—¿Y por qué?

—Hay mucho olor a bosta.

—¡Le pregunté por qué estuvo preso en el Regimiento 1° de Caballería!

El Juez se recostó contra la pared y lo miró de frente.

—En Olta no encontrará muchas cosas para llevarse.

—No vine a saquear. No forma parte de mi disciplina.

—Si se lo ordenaran, ¿qué haría?

—No es de su incumbencia.

Moral volvió a enrojecer.

—Si yo no puedo meterme en sus asuntos, por qué usted lo hace en los míos...

Mendoza contuvo la respiración.

—No volveré a explicárselo.

—¡No puede explicármelo! —gritó el Juez con los puños apretados. Comenzó a caminar por la habitación de un lado a otro. El Coronel se alzó de la silla y se aferró al respaldo.

—Señor Juez, estamos en guerra.

—No sea hipócrita —dijo Moral sin detenerse—. Siempre estuvimos en guerra.

Mendoza se pasó una mano por la cabeza y apretó los labios.

—El país no es su mísera casa. No abrimos las puertas del mundo para seguir montando vacas. —Sus ojos seguían los movimientos del Juez—. No hicimos una revolución para entregarla a indios catequizados... —Alzaba el tono buscando detener al otro, cubrir el taconeo de sus pasos agitados.

—Fueron muchos los que dieron la vida por esto. Nos toca terminar la obra. Peleamos para tener dignidad. Importa la Patria, no sus cortinas. Es un destino...

—¡Es una perra...! —gritó Moral deteniéndose. Había alzado la cabeza y sus ojos estaban humedecidos.

—Pide nuestra sangre, para bebérsela. Nadie salva a la Patria porque es ella quien nos devora.

El Juez quedó mirándolo como si lo viera por primera vez. Después giró y fue hasta una repisa. De un golpe arrojó una estatuilla y los pedazos se desparramaron por el piso. Permaneció de espaldas, con los brazos caídos a los costados del cuerpo.

Mendoza, inmóvil, escuchó el silencio de Moral. Lo invadió una sensación de ahogo y sintió que los ruidos de la tarde caían sobre él como una maza. Quedaron un rato callados. Luego el Juez habló sin volverse.

—Su sucio General fusiló a Machorca. Fue mi criado desde que era niño. Ordenó que le rociaran la cara de plomo, sólo por haber simpatizado con los montoneros. Lo

vi doblarse sobre su propia sangre y a su General beber sediento. Estuve preso en el Regimiento por tratar de salvarlo. Yo lo hice libre cuando heredé a mi padre, «Machorca», le dije, «toma tu suerte. Hazte tuyo». Ahora está muerto y su cuerpo se pudre en un campo lleno de cadáveres.

Moral volvió a callar y Mendoza caminó hacia la ventana. La tarde se desvanecía en los cerros y una luz violácea caía sobre los árboles y los muros. En el patio, los soldados preparaban un fuego que comenzaba a humear entre los troncos y ramas apiladas. El olor de los chañares encendidos, denso hasta la náusea, lo penetró dándole ganas de olvidar otra cosa que no fuera ese humo negro y el fuego. Apenas podía entender cómo había llegado hasta allí, y comenzaba a no importarle. Pero ¿qué tenía que ver él con un criado muerto, con la soberbia rural de un juez de pueblo? En Buenos Aires hubiera reído de buena gana. Ahora en cambio, sus propios argumentos le parecían débiles e incapaces de sostenerlo. Las palabras del Juez le habían sumado un cansancio infinito. Pensó que debía encontrar la forma de lograr un acuerdo con él. Su cooperación le sería imprescindible y lo necesitaba, más tal vez de lo que pudiera sospechar.

El ruido fue preciso, metálico. Sostuvo el instante sólo con su voluntad. Cuando giró detuvo la vista en la pistola que lo encañonaba. Moral estaba reclinado en el sillón con la culata del arma apoyada en el estómago y sostenida por ambas manos. La penumbra envolvía la habitación y sólo el cañón del arma conservaba un destello dorado de luz. Moral lo exploraba con los ojos.

—Piense, ante todo —dijo—, que algo tan minúsculo como mi dedo puede acabar con la totalidad de su vida. Luego reflexione e intente algo.

El Coronel se apartó de la ventana apretándose contra la pared.

—Ayer casi mata a un anciano en la plaza —agregó—. Supongo que sabrá comportarse ahora...

—Se suicida —balbuceó Mendoza. El Juez sonrió.

—Carne que se desploma; ¿qué otra cosa es un hombre en una guerra?

—Está loco —volvió a decir el Coronel—. Un sudor frío comenzaba a humedecerle las sienes. —Regala su vida, se desprecia...

El Juez asintió con la cabeza.

—No tomé partido cuando debí hacerlo. Me doy asco. Nadie puede permanecer limpio en un chiquero. —Quedó callado un momento y dijo—: Usted que se ama, intente salvarse. —Dejó el arma sobre la orilla del escritorio, del lado del Coronel y, reclinándose en el sillón, cruzó las manos. Permanecieron un momento en silencio. Mendoza titubeó. Miraba la pistola y al Juez, apretando y relajando los puños. Hizo un ademán y retrocedió. Moral lanzó una carcajada.

—¡Siente miedo, Coronel...! —El otro se abalanzó pero el Juez llegó primero y lo encañonó. Volvió hacia atrás Mendoza, con el brazo extendido y sacudiendo la

cabeza. Gruesas gotas le corrían por el cuello y tenía el rostro desencajado.

—El miedo Coronel —dijo Moral— es un compañero terrible. Es capaz de hacernos arrodillar ante el enemigo y creer que sólo estamos siendo inteligentes. Hace de valientes hombres cobardes y, a los cobardes, asesinos.

Mendoza permanecía inmóvil, mirándolo con ojos extraviados. Sentía deshacerse las palabras en su garganta.

El Juez fue bajando el arma y rodeó el sillón. Se pasó un brazo por la cara y retrocedió. Quedó de espaldas un momento y después giró dando un golpe en el escritorio.

—¿Por qué ha de morir un hombre? No un ejército sino sólo un hombre. —Sus ojos estaban inyectados en sangre y jadeaba—. ¿Muere por una idea? ¿Porque en su maldita cabeza se le metió una idea? ¿O muere porque sí y queda colgado en la rueda de una carreta? ¿Muere porque ha perdido un brazo, una pierna, porque le siembran de balazos la cara? Por qué ha de morir un hombre, usted no sabe. Sabe lo que el país necesita pero eso no sabe. Tiene sable y manda, veinte hombres armados y manda, manda. ¡Responda si se cree Júpiter con una espada de latón en la mano! —Moral se adelantó con el arma en alto y Mendoza, temblando, se fue dejando caer contra la pared hasta quedar en cuclillas con la cabeza entre las manos:

—Yo no elegí esto —murmuró—. Se divierte conmigo. Maté a muchos hombres pero nunca los humillé. Dispare de una vez.

Moral quedó apuntándolo. Tragó saliva. El cañón se paseaba sobre el bulto. Giró después con el arma entre las piernas, dio media vuelta y la arrojó contra la pared. La pistola se estrelló arriba del Coronel y el estruendo retumbó en la habitación. La bala abrió un boquete en el techo.

Cuando los soldados ingresaron en el cuarto Mendoza continuaba en cuclillas y lo señaló. El Juez fue sujetado por los brazos.

—Átenlo al palo del patio —dijo—; que quede ahí hasta que se pudra.

VI

Ella aguardaba la oscuridad junto a la puerta del patio. Tenía las manos cruzadas sobre la falda y el cuerpo inclinado hacia delante. La galería había quedado en sombras pero la paja aún reverberaba en el techo del galpón. Debía cambiarse y se demoraba viendo la imagen que le devolvían los vidrios como frente a un ser oculto en sus propias formas. Sus gruesos dedos buscaron el vientre y lo presionaron. Un llamado estremecía su memoria. La cintura de su padre, el enorme pistolón sujeto bajo el cinto, la cabeza del hijo de Batista incrustada en el palo del convento. Esta vez no haría otro duende que fuera de noche a pelear con sus perros, a gritar hasta la mañana que lo devolvieran a la vida. Pariría alguien capaz de jurar sobre el cadáver de su madre.

Recordó el amanecer en que los soldados asaltaron el rancho, la luz azulada que iluminó todo. Su padre había forcejeado sin zafarse. Lo vio frente al pelotón, atadas las manos y con el sombrero puesto, mientras el viento revolvía los pastos. Cayó un metro hacia atrás traspasado por la descarga. Cuando la tropa se fue supo, al arrastrarlo, que muerto pesaba el doble. Desde entonces nunca más había vuelto a parecerse.

Primero lejos, luego muy cerca, sintió la voz de su primo y el golpe de las puertas que se abrían a su paso. Al entrar en la cocina el cura quedó parado detrás de Martina con los puños apretados.

—¿Qué le hiciste...?

Ella continuó mirando hacia afuera pero su rostro había vuelto a endurecer.

—¿Qué fue lo que le hiciste a María?

—No la he matado —dijo la Pachanay, sin volverse—, sanará pronto y tendrá otras...

El cura fue hasta ella y la sacudió colocándola de frente. Su mirada era iracunda y la aferraba con fuerza. Ella fue arrancando los dedos de su hombro. Sujetó la mano. Miró el vendaje que la envolvía y luego la soltó.

—Deja de hacer lío por una cabra —dijo y volvió a mirar hacia afuera.

—¡Explica!

—Te pagaré las crías.

—¡Explica! —insistió Roque sujetándola otra vez. Ella se zafó y fue hasta la chimenea. Arrojó un leño y quedó en cuclillas frente al fuego. Permaneció un momento allí, luego volvió a incorporarse. Cuando giró su rostro se había iluminado y echó el torso hacia atrás.

—Pariré —dijo tomándose el vientre con las manos—. ¡Roque, pariré...! —repitió.

El cura frunció el entrecejo y se adelantó. Quedó mirándola contrariado y después

retrocedió. Caminó alrededor de la mesa hasta quedar de espaldas junto a la puerta.

—¡Mientes! —gritó pegando un puñetazo en el marco. Ella bajó la vista y se acarició la barriga.

—Eres necio, primo. Llevo un hijo dentro.

—Tú sólo llevas dentro al demonio.

—Un hijo, Roque.

—No me engañarás de nuevo. No otra vez.

—¿Por qué le habría hecho eso a la cabra?

El cura giró y la miró en silencio.

—Te lo diré cuando te convenzas —agregó ella. Roque se pasó una mano por la nuca y desvió la vista. Hizo esfuerzos por contener la ira.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Soy mujer.

—No tendrá padre.

—Tú tampoco lo has tenido.

—Pero mi madre no fue como tú —contestó Roque alzando la cabeza—. Tú no conoces el amor. Sólo la carne, como las bestias.

—Las bestias saben parir. Tienen lo que tú no tienes. Vigor para engendrar...

Roque fue hasta ella y se detuvo enfrente. Apretaba los puños para no golpearla.

—Eres cruel... —dijo entre dientes.

—¿Y tú no...? ¿Le dices esto a una madre...?

Él bajó la vista. Se alejó otra vez y quedó de espaldas junto a la pared. Permanecieron un instante así, aliviando cada uno sus heridas en el silencio del otro.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Roque sin volverse. Ella no contestó. Cuando se dio vuelta la Pachanay apartó la mirada y fregó las manos en su pollera.

—Tu bendición —dijo y titubeó queriendo agregar lo que se atascó en su vergüenza.

Roque la miró fijo, se detuvo extrañado en el inseguro movimiento de sus manos, en el inquieto balanceo de su cuerpo. Primero quiso creer que mentía de nuevo pero aun así algo lo conmovía. ¿Una simple bendición bastaba para derrumbar el alarde de su seguridad? ¿No era ella la que reducía el mundo a su pura voluntad? ¿Pedía ella permiso para entrar donde avasallaba?

La Pachanay mantenía la cabeza gacha. Sus hombros vencidos le daban un aspecto infantil que contrastaba con la magnitud de su cuerpo. Roque percibió lo pequeño de su corazón, y lo indefenso. Casi hubiera preferido que aquello nunca sucediera. Un corazón era igual a otro. «Cuando miente se cree», pensó, «cuando dice verdad se miente». Se miró las manos y midió su extraño poder.

—Tú duermes con La Rioja entera —dijo. La Pachanay alzó la vista:

—Dejaré eso.

—Robas, matas...

—Se la diste a los hombres de Varela.

—Ellos no son como tú. Tienen fe en lo que hacen y mueren por ella. Pagan su devoción. En cambio tú, ni siquiera conoces la vergüenza.

—Dámela, primo —insistió la Pachanay.

—¿Por qué le hiciste eso a María?

—Necesitaba una de sus crías. Mis hombres lo saben. Un indio les metió en la cabeza que si no me lo quito morirán todos. Prometí llevar el coágulo de sangre. Con sus restos tendrán confianza y sacaremos a nuestro primo de allí. No voy a dejar que un sucio oficial humille así a un pariente. Tú tampoco debes.

El cura meneó la cabeza. Fue hasta la chimenea y se sentó en una silla. La Pachanay enfrente.

—¿Qué sabes de él? —preguntó ella.

—Lo tienen en el palo del patio desde ayer.

—¿Qué pasó?

—Entró en la casa, discutieron, hubo un disparo. Conoces a Miguelito.

—¿Cómo es la guardia?

—El patio está siempre lleno de hombres. Dos hacen guardia en la puerta de entrada.

—¿Qué pasa en la noche?

—No lo sé. No son de Buenos Aires; sólo el Coronel. Los demás son gente habituada.

—Mañana irás a decirle que Martina Figueroa anda por ahí. Que robó animales y víveres y que la vieron en la sierra alzando hombres para la revolución. Te preguntará por mí y les dirás todo menos que somos parientes. Debilitaremos primero sus fuerzas. Le entraremos después.

Roque asintió mirando las llamas del fuego. La oscuridad se había derramado sobre el cuarto y la luz de la chimenea les iluminaba el rostro. Sintió compasión por ella y por sí mismo.

—Nunca te cansas de pelear... —dijo sin mirarla.

—Igual que tú de dar sermones. —Se respaldó en la mecedora y añadió:

—Pero qué otra cosa haríamos... —Roque alzó la vista y sonrió con tristeza. No harían ninguna otra.

—¿Qué edad tienes? —preguntó. Ella se sonrojó adelantándose.

—Pierdes el tiempo, Roque.

—¿Treinta y siete, treinta y ocho? Vuelves ya.

—También tú.

—¿Qué piensas que será el mundo después de nosotros? ¿Un agujero en nuestra memoria?

—¿Por qué quieres saberlo?

Roque volvió la vista al fuego. Cruzó las manos y su voz trastabilló.

—Moriremos un día —dijo.

—Dios te salvará a ti. Eres su siervo. O no...

El cura enrojeció y bajó la cabeza. Aferró el brazo de la silla, sus labios ardían.

—Cuando entré en el convento mis ropas eran harapos y el hambre mi único enemigo. Aprendí a leer español junto con el latín. Los padres pasaban el día sin expresar ninguna pasión humana. Sólo en la misa sus rostros se iluminaban, aferraban el crucifijo y sacudidos por una extraña violencia de su espíritu condenaban el mundo con gestos desmesurados. Luego de alabar a Dios se retiraban como si hubiesen extirpado un inmenso temor. —Roque apretó las mandíbulas. Alzó los ojos hasta ella y la miró con vehemencia.

»¿Sabes qué es el deseo de Dios? Una necesidad furiosa de evidencias. La Fe es una hoguera donde lo quieres tocar, besar, sacudir, herir para que te condene. Lo amas y le temes. Lo abrazas y lo niegas. Es incierto como tú. Un gigante solitario en el Universo. Te equivocas si lo esquivas pero jamás lo conoces. Lo quieres ver reír pero temes que tus tímpanos estallen. Lo quieres ver llorar pero tienes miedo de que su dolor te rompa en pedazos. Te ciega su luz, pero más su oscuridad. Lo amas y no entiendes por qué te ha abandonado. Por qué ha elegido su soledad. Por qué lo amenazas cada vez que intentas conocerlo. Lo he ofendido. No una sino muchas veces. He inventado Su imagen y Su deseo. He castigado por Él, condenado por Él, hablado por Él como si su voz no fuese muda, como si su corazón no fuera ciego. — Sus labios se quebraron en una mueca de dolor. Después continuó—: Pensé en dejar el hábito, olvidarlo, ser una simple criatura. Nunca pude volver a ver un árbol en un árbol, una injusticia en una injusticia, impotencia en mi impotencia.

Roque calló. Su mano temblaba sobre el brazo de la silla.

La Pachanay bajó la vista. Quedó en silencio un momento y luego dijo:

—Primo, con la mitad de lo que has dicho te colgarían por hereje.

—Lo harían —contestó él—. Te lo dije a ti porque apenas te interesa y lo comprendes.

Ella se alzó del asiento.

—Eres sacrílego, Roque. Sucio como yo. —Giró y salió de la habitación. El cura permaneció inmóvil, con la vista fija en las llamas. Una sensación de náusea lo envolvía. Cuando la Pachanay regresó, vio que había cambiado de ropas y sostenía un atado en la mano.

—Ya parto —dijo ella.

Roque miró la sangre que humedecía el género y se volvió.

—Matas un hijo para ser una madre...

La Pachanay buscó dinero.

—Eran tres crías... —dijo.

—No vayas a darme nada. Bastante tendrás que pagarlas.

—¿Le dirás al Coronel lo que acordamos?

El cura asintió con la cabeza.

—¿No me das tu bendición...?

—Vete —contestó sin volverse.

—¿No te apiadas?

—¡Vete! —gritó otra vez.

La Pachanay estaba por salir cuando se detuvo.

—Roque —dijo mientras cruzaba la puerta—, teme y reza por ti.

VII

Desde la ventana lo vio cruzar la galería, andar por el patio aproximándose al Juez. En tanto, acabó de armar un cigarro y se lo llevó a la boca. Lo encendió mientras el cura limpiaba con la sotana el sudor de su primo. El Padre dijo algo al soldado porque éste giró buscando al Sargento y finalmente le acercó un cucharón de agua. Intercambiaron algunas palabras y después se fue, con las manos cruzadas delante y sin volverse. El ruedo de su hábito se sacudía hacia ambos lados barriendo el polvo a su paso. Le abrieron las rejas del portón y el Cura desapareció tras el muro.

El Coronel volvió la vista a Moral, que con la cabeza alzada sorbía la humedad de sus labios. El sol aplastaba una pequeña sombra bajo su cuerpo, ahogándolo en luz. Mantenía los ojos cerrados, su cabello estaba revuelto y había perdido la arrogancia.

Mendoza levantó la mirada hacia la sierra. Rocas y árboles se fundían bajo la estridencia de los rayos en una masa compacta y amarronada que hacia el cielo culminaba en una línea borrosa, a tramos imperceptible. De todas partes se desprendían brillos y reflejos, quizá de piedras pulidas, de cañas secas o de algún fusil.

Por primera vez buscó un centro. Aunque no podía discriminarlo le complacía saber que allí estaba, que su mirada se posaba en él por un instante, que lo rozaba con los ojos sin verlo. Recorrió la ladera con lentitud. Supo entonces con qué intensidad aquel paraje lo había ido confundiendo, enredando entre sus voces amorfas, hasta hacerlo perder el dominio de sí mismo. Sintió que aquel punto a lo lejos lo rescataba. Retuvo el nombre de la Pachanay entre sus labios, un apodo indígena para una criatura que no alcanzaba a imaginar. Conocía mujeres que acompañaban los ejércitos pero no que los llevaran a la guerra. En cierto modo lo inquietaba. Nunca había matado a una mujer.

Se apartó de la ventana cuando vio venir al Cabo con la bandeja del té. El soldado golpeó la puerta y entró. Depositó la vajilla en el escritorio y estaba por retirarse cuando Mendoza le pidió que se quedara.

—¿Hace cuánto que servís en el ejército?

—Cuatro años, Coronel, y dentro de poquito van para cinco.

—¿Y de dónde sos...? —volvió a preguntar untando mantequilla en un pan.

—De Pampa del Infierno, Coronel.

—¿Salta?

—Santiago, Señor.

—¿Hay sierras ahí?

El Cabo sonrió pasándose una mano por el pecho.

—Lo más alto deben de ser los hormigueros, mi Coronel. Eso no es, un decir... Tucumán. Allá al hombre se lo ve venir desde que nace. Usted lo mide por el tamaño

y sabe cuánto va a tardar en llegar.

—¿Estuviste en las sierras de Tucumán?

—Tenía una novia, Coronel.

Mendoza torció la boca y tomó otro sorbo.

—¿Y tus compañeros conocen la sierra o no?

—Sí, Señor, algunos creo que la vieron de lejos pero otros como yo la vieron de cerca.

El Coronel se pasó una mano por la nuca y volvió a alzar la vista. Observó la mirada franca del Cabo y sonrió con tristeza.

—¿Tenés familia? —preguntó.

—Sí, mi Coronel.

—¿Dónde?

El otro arrugó la barbilla y negó con la cabeza.

—No te preocupa...

—¿Cómo no me va a preocupar...? —dijo el Cabo revoleando las manos con exageración—. Es que con tanta guerra vaya a saber uno adónde fueron a parar...

Mendoza asintió en silencio. Se recostó sobre el espaldar y le mandó llamar al Sargento. Después de todo, también él ignoraba el paradero de su hijo y sólo suponía dónde estaba su mujer.

Cuando Saravia entró, acababa de terminar el té y se limpiaba la comisura de los labios con un paño.

—Buen provecho, mi Coronel —dijo adelantándose. Mendoza le indicó que tomara asiento.

—¿Sabe pelear en la sierra?

El Sargento afirmó.

—¿Y los demás?

El otro se pasó la mano por la quijada y se rascó la barba a medio crecer. Sus ojos lo estaban pensando aunque aparentaran interés por la vajilla o por la mosca que rondaba el platillo de dulce.

—Algunos sí —dijo—, otros no.

—¿Cuántos?

—Unos seis deben saber.

—Hay guerrilleros arriba —dijo el Coronel apoyando una mano en el escritorio. Saravia asintió dejando que la noticia penetrara por sus oídos y se demorara lo suficiente en su cerebro. Después volvió a mirarlo.

—¿Cómo lo sabe?

Mendoza se reclinó en el asiento.

—Es suficiente con que se lo diga.

El otro volvió a asentir. Su cabeza se sostenía sobre los hombros con pesadez y su

cabello renegrado caía hacia los costados pegoteados de mugre.

—¿Y bien...? —dijo.

—Los iremos a buscar —contestó el Coronel. No lo había decidido aún pero algo le molestaba en la actitud del Sargento y quería averiguarlo.

—Deje que bajen —retrucó Saravia ladeando un poco la cabeza.

—Saldremos mañana —insistió.

El Sargento volvió a rascarse la barba y se reacomodó en el asiento.

—Mire, Coronel, mejor los esperamos acá. Si están ahí, quizá se vayan a otra parte. ¿Para qué meter a la gente en un lío?

—Somos soldados, Sargento.

Saravia lo miró un instante con ojos vacunos y luego apartó la vista.

—Coronel —dijo—, no vaya a ofenderse pero no son mis órdenes.

—Sus órdenes las doy yo.

—Y mi General —dijo Saravia con labios ardientes, como mordidos por un lonjazo.

Mendoza se alzó del sillón y fue hasta la biblioteca. Se sirvió una copa. Quedó parado, de espaldas, apretando el vidrio de la botella. Quería aplastarlo. Saravia no le temía, era fiel a su amo como un perro. Había subestimado a Taboada, había cometido demasiados errores. Sintió que un paso más allá rompería un equilibrio que no volvería a conquistar. Tenía pocas posibilidades de vencer en la sierra y mientras estuvieran en el pueblo por alguna razón absurda era probable que le obedecieran. Bebió el licor de un trago y se sostuvo de la tarima.

—Retire la vajilla —dijo sin volverse y esperó que el Sargento recogiera la bandeja, se despidiera con respeto y abandonara la habitación.

Fue hasta la ventana y lo vio entregar la bandeja a un soldado, llegar a la ronda donde los demás yerbeaban y acomodarse. Le pasaron un mate y debió decir algo gracioso porque los otros rieron.

Mendoza desvió la vista hacia la sierra. Una luz rojiza atenuaba los brillos. Lo que hace poco había sido una mole aplanada mostraba ahora la profundidad de sus cañadones, las quebradas que la cruzaban como heridas abiertas y ahogadas en malezas. Los peñascos todavía iluminados por el sol ocultaban senderos escarpados en los que un paso invitaría a otro sólo para buscar lo que la vista nunca podría abarcar.

Se apartó de la ventana y volvió a sentarse en el sillón. Puso los pies sobre el escritorio y quedó mirando a ningún sitio. Registró inmóvil el paso de un segundo a otro. Al cabo de un tiempo sintió que los instantes caían en el vacío de la luz que sostenía los objetos con una indiferencia aplastante. Permaneció varias horas sin que ni siquiera la memoria motivara su voluntad. Vio caer la noche sobre las casas que lo rodeaban. La ventana fue un agujero en llamas, un rectángulo cruzado por jirones de

nubes amarillas y anaranjadas sobre las aristas de un techo de paja que también se hundía. Sintió su cuerpo latir en la oscuridad del cuarto, la total prescindencia con que seguía respirando.

Al rato bajó una pierna, después la otra. Se levantó despacio. Desde la ventana vio a los soldados que rodeaban un fuego, junto al costado de la cocina. Sobre la puerta de entrada la guardia había sido reforzada. Moral, en el centro del patio, permanecía atado con el torso caído hacia delante. Mendoza se pasó una mano por la nuca, tomó la botella y salió.

Bajó de la galería y caminó hacia el Juez. Lo empujó con la bota y esperó que levantara la cabeza para llevarle a los labios el pico de la botella. El otro bebió hasta atorarse. Se sacudió en convulsiones y escupió. Finalmente respiró hondo y se irguió hasta donde se lo permitieron las ataduras. Mendoza buscó un sillón y tomó asiento a un costado. La noche era fresca y las estrellas titilaban como antorchas en un océano. Tosió sin necesidad y luego preguntó:

—¿Conoce el mar? —El Juez asintió. El licor lo había reanimado pero su garganta era una masa pegajosa incapaz de emitir un sonido.

—Deme agua —pidió con dificultad. El Coronel ordenó que le dieran de beber. Un soldado se acercó con un cubo y el Juez zambulló la cabeza hasta saciarse.

—En un mar podría tener la misma sed, aun cuando estuviese rodeado por una inmensidad de agua —volvió a decir Mendoza—. También en la vastedad puede sentirse uno prisionero.

El Juez lo miró en silencio mientras su piel afiebrada sufría pequeños espasmos a medida que el agua la humedecía y refrescaba.

—En un viaje a Europa sufrí esa sed —continuó el Coronel armando un cigarro—. Se malograron los depósitos de agua y llegamos a puerto casi moribundos. Parte de la tripulación bebió agua del mar, parte la sangre de los cerdos que llevaba el barco. Hubo motines, duelos. La sed puede matar a un hombre civilizado de muchas maneras... —El Coronel volvió la vista hacia el Juez. Guardó silencio un momento y siguió—: Yo no bebí ni una cosa ni otra, pero maté a un tendero italiano que quiso robarme una cajilla de tabaco. Creo que nunca sentí tanto asco.

Mendoza se interrumpió y quedó ensimismado. Luego encendió el cigarro y se lo puso al Juez en los labios.

—¿Cuándo estuvo en el mar?

Moral dio una pitada larga y lo miró por el rabillo del ojo. Después recostó la nuca contra el poste y extendió las piernas. Carraspeó acomodando la garganta:

—Mi abuelo era francés, tenía un bergantín. Una vez viajé con él.

—¿De dónde era?

—De una aldea sobre la costa, cerca de Marsella.

—¿Estuvo allí?

El Juez negó con la cabeza. Inhaló una bocanada de humo y se atoró. Sus ojos lloriquearon irritados. Mendoza titubeó pero al fin se levantó y le dejó libre una mano.

—¿Qué hacía su abuelo? —preguntó volviendo a sentarse.

—En su juventud vendía negros del África con su padre. —Moral miró las marcas que la sogá había grabado en su muñeca.

—¿Y cómo llegó hasta acá?

—Después de la Revolución en Francia vinieron a Sudamérica y continuaron el negocio. Su barco se hundió en las costas del Brasil. Consiguió salvarse y llegó al Río de la Plata como marinero. Por esa época conoció a Santiago de Liniers y navegó con él. Tuvo una tienda en Montevideo. Le fue mal. Cerró y vino a La Rioja buscando minas. Se casó con mi abuela y heredó estas tierras.

—¿Qué fue él? —dijo Mendoza armando su cigarro.

—Como no encontró nada, a los dos años abandonó a su familia y se volvió al mar. Liniers acababa de derrotar a los ingleses y corrían noticias de que sería elegido Virrey. Cuando tuve doce años hice un viaje de Montevideo a Río de Janeiro acompañado por mi nodriza. Él era el capitán del barco. Lo reconocí porque mi abuela contaba que, de muchacho, un esclavo le había mordido la cara dejándole un aro morado que se interrumpía arriba y abajo. Al negro le faltaban esos dientes.

—¿No le dijo quién era?

Moral guardó silencio y luego continuó:

—Era corpulento, usaba unos bigotes largos que disimulaban la cicatriz y sonreía a todas las mujeres.

—Su apellido no es francés —dijo Mendoza.

—Mi padre lo hizo cambiar, pero en las letras que dejó debe haber sobrevivido parte de su espíritu. Se apellidaba Moreau.

El Coronel encendió su cigarro y alzó la vista. La noche rodaba sobre ellos, sobre la historia del Juez que quizá fuera inventada. Se acomodó en el sillón con cierta placidez.

—¿Y su abuela? —preguntó sin mirarlo.

—Era española. Su casamiento fue un escándalo pero él les hizo creer que era dueño de una opulenta fortuna y que tenía el derrotero de varias minas que coincidían con las tierras de la familia. En aquella época se habían perdido varias cosechas y las rentas disminuían. Mi abuelo los convenció de que con el mineral duplicarían los beneficios, que cogerían el oro y la plata como antes las aceitunas de los olivares y los granos. Los más viejos desconfiaron. Aunque se había casado por iglesia veían en él a un demonio de la revolución francesa. Para ellos, explotar una mina no era propio de gentiles, era comerciar con el diablo. Las mujeres, seducidas, le brindaron su apoyo. Las mujeres, Coronel, son las cerraduras que guardan las puertas de todas las

conquistas. Sólo se trata de dar con la llave indicada y de introducirla en el momento oportuno. Mi abuelo sabía eso. Vino aquí y estuvo dos años buscando metal entre los cerros. Cuando se fue, mi abuela quedó con un bebé recién nacido y acompañada por algunas hermanas. Le gustaba decir que mi padre había detenido al desierto, que si no hubiese sido por él se habría quedado quieta hasta que el polvo y los pastos la cubrieran. Ella dominó a mayordomos y peones, los llevó a pelear contra la indiada, trajo el agua hasta la arcilla y amasó un pequeño fundo que su hijo consolidó y su nieto destruyó con remordimiento, porque tenía la frente liberal de un francés y una nuca española. Cuando aprendí leyes acabé con las esperanzas de mi abuela. Yo era su orgullo y la arruiné. Al morir mi padre me aseguré una renta pero repartí la tierra entre los peones. No tengo hijos, ¿para qué las tierras...?

Moral dejó caer la colilla del cigarro y la aplastó con la bota. El Coronel guardó silencio un rato. Disfrutó las últimas palabras del Juez como si fueran un vino.

—¿Por qué no disparó? —dijo luego bajando la cabeza. Moral miró hacia otro lado.

—¿Por qué me amenazó con la pistola? —insistió Mendoza.

—Quería que viera lo que hacía conmigo.

—De otro modo quizá le hubiera ido mejor.

—¿Usted cree? Me estoy acostumbrando a que me tomen prisionero.

—No se atormente.

El Juez se irguió y lo miró fijo.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre los ideales democráticos franceses y los nuestros? No tuvieron que independizarse de ningún país. Si la Revolución de Mayo no hubiera sido apoyada por Belgrano y San Martín habría durado lo que un fósforo. Se lo habrán enseñado de mil maneras, pero ni San Martín ni Belgrano sospechaban que dejaban antecedentes aprovechables para una sarta de capitanejos. Nuestros militares son políticos porque nuestra política sigue siendo militar. Necesita un solo enemigo adelante, y triunfar es exterminarlo.

Mendoza arrojó el resto de su cigarro y aspiró profundo el aire de la noche.

—Seré sincero con usted —dijo mirándolo de frente—. No alcanzo a entender de qué nos acusa. Usted no pertenece a esto...

—Su problema, Coronel, es que sigue creyendo que el país recién está naciendo cuando llevamos aquí más de doscientos años. Le diré algo, aquí nació la olivicultura. Cuando el Rey Felipe, por el mil seiscientos, se enteró de las cualidades de las aceitunas riojanas, mandó un ejército a quemar los campos por temor de que algún día llegaran a competir con las andaluzas. Mientras las plantaciones ardían en Aimogasta y el aire se cubría de azufre, una mujer de apellido Quiroga cubrió una plantita de olivo con una batea y se sentó encima a mirar los esfuerzos de los soldados. De aquel olivo, pasados los infantes, se volvieron a extender las

plantaciones. No se confunda. Aun bajo el dominio de España sabíamos defender lo nuestro.

Mendoza sonrió de costado:

—Es una bonita historia, pero la Colonia era un nudo pequeño en el cuello de un gigante.

—Qué maravillosos son ustedes, Coronel. Como les apretaba el pescuezo cambiaron de moño, pero se dejaron el nudo porque quedaba elegante. Importaron un corbatín inglés y lo trajeron a las provincias ¿Pero se fijó que no les ajustó bien? Aquí extendíamos los cultivos, elaborábamos aceites, se prosperaba sin ingleses. Hoy los valles se siembran de cardos, ya no se elabora lo que se produce y se compran en Buenos Aires artículos al doble de lo que se pagaban aquí.

El Coronel torció la vista.

—Alguien debía hacerlo y lo hicimos nosotros. Tendrían que reconocerlo...

—¿Acaso debo agradecerle su visita? ¿Deben agradecer los hombres que apaleó en la iglesia? ¿Tengo que agradecerle las marcas en mi muñeca?

—Yo no le sugerí que se pusiera a jugar con una pistola.

—Pero sí que me quedara callado, ¿verdad? Que me arrodillara y bajara la cabeza como un perro para que apoye encima sus inmundas botas.

Mendoza se alzó del asiento:

—Usted es un imbécil, Moral. Podría haberlo ayudado.

Saravia se levantó de la ronda, junto a la cocina, y miró al Coronel.

—No le pedí su ayuda —dijo el Juez—. No le pedí que viniera a conversar conmigo.

El Sargento se adelantó unos pasos.

—Le diré por qué vino —agregó Moral pasándose una mano por la cara—. Vino porque se pudre rodeado de animales, porque detesta a sus propios hombres y se siente enterrado en este pueblo que para usted sólo es un baldío miserable.

El Sargento pateó una y otra vez el estómago de Moral, que se dobló en dos sacudido por convulsiones. Le volvió a atar la mano al poste y le tiró de la cabellera hacia atrás. Los ojos del Juez giraron blancos en sus órbitas. Saravia escupió en ellos y lo soltó. La cabeza se desplomó como una piedra.

Mendoza permaneció inmóvil, con la vista fija en el cuerpo caído de Moral. Tenía la cara pegada al suelo y un hilo de baba colgaba de sus labios que, a intervalos, se abrían en un vómito como las arcadas de un pez moribundo. Miró a los soldados que se habían levantado de la rueda y luego al Sargento. La luz nacía del espacio y se hundía en el galón de una chaqueta, en el pedazo de un hombre, en las cuencas oscuras de unos ojos deformes.

—La noche se va poniendo fresca, Coronel —dijo Saravia alzando la vista al firmamento y limpiándose las manos en la ropa.

Mendoza recogió la botella de licor. Retrocedió unos pasos y volvió a su cuarto.

VIII

Miró alrededor y volvió a cerrar los ojos rechazando la luz. El escritorio y la ventana, volcados sobre sus párpados, alargaron sus brillos en una comba azul, se mecieron en el espacio y recuperaron sus formas contundentes. Patentes y secretos, los muebles semejaban animales incapaces de dejarse acariciar. Recorrió el cuarto buscando algún objeto que le indicara que no despertaba en el pueblo de Olta, en la Provincia de La Rioja.

Vio la biblioteca pequeña de madera aragonesa, junto al ventanal de su casa en Buenos Aires. Por un instante estuvo allí, frente a los cortinados que resplandecían como la entrada a un paraíso, sintiendo el aroma que llegaba del jardín. Escuchó la voz de Isabel que llamaba a Federico desde algún lugar de la casa. Calculó la hora por la claridad del cuarto. Hacía frío. Estaba en Olta.

Detrás del muro presintió el cuerpo agarrotado de Moral. El rocío lo habría enroscado sobre sí mismo, habría maniatado su cerebro, entumecido su lengua. ¿Por qué lo estaba matando?, la pregunta se abrió paso en su cabeza como un bloque de piedra sobre la superficie del agua. No quería hacerlo y sin embargo, apenas conseguía aproximarse un agravio traía otro. Habría gratuidad en la muerte del Juez, pero también la había en su propio destino. ¿Quiso él llegar hasta allí, estar al mando de una banda de forajidos y ser su prisionero, en nombre de una idea? Hubiera dado cualquier cosa para que el día no trajera al Juez consigo, para que fuera el espectro de un muerto o la visión de un futuro imprevisible. Apartó las cobijas y comenzó a vestirse.

Cuando acababa de ponerse la chaqueta llamaron a la puerta. El Cabo entró con la bandeja del desayuno, la dejó en el escritorio y giró colocándose de frente.

—Coronel, desde temprano una mujer insiste a la guardia en hablar con usted. — Mendoza fue hasta la ventana y corrió el resto de la cortina. No tardó en distinguir detrás de las rejas a la mujer del Gobernador. Ordenó que le dieran paso y permaneció en la ventana mientras el otro corría hacia el portón. Moral estaba arrollado junto al poste, con la cabeza en el suelo y encogida sobre el pecho. Algunos soldados, más allá, cepillaban los caballos rodeados de bateas. Los animales resoplaban exhalando un vaho azul por sus hocicos y sacudían sus crines polvorientas.

Terminaba de abrocharse la chaqueta cuando vio a Matilde cruzar la entrada y correr por el patio. Sólo comprendió su apuro al verla arrojarse sobre el Juez. Los dedos de Mendoza se detuvieron en el último botón del cuello y quedaron inmóviles. Permaneció tieso mirándola alzarlo, sostener su espalda y pedir agua. Matilde limpió la cara de Moral con la falda de su vestido y luego le dio de beber. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y no cesaba de acariciarle los cabellos, de abrazarlo, de

besarlo en la frente, en los labios.

Mendoza volvió a desabrochar el cuello de su uniforme. Se apartó de la ventana y fue hasta el escritorio. De pronto recordó el diálogo que mantuvo con ella la noche anterior a su partida de La Rioja, su nerviosismo, su negativa a revelar el nombre del pariente. Tomó asiento y comenzó a desayunar.

Al rato golpearon a la puerta. Se limpió las comisuras de la boca, se recostó hacia atrás y autorizó el paso. El Cabo intentó anunciarla pero ella lo hizo a un lado abriéndose camino hasta el escritorio. Tenía corrida la pintura de la cara y sus ojos parecían destilar el lodo negro que corría por sus mejillas. Su cabello se había desacomodado, en nada parecía ya la elegante mujer del Gobernador.

Mendoza ordenó retirarse al Cabo y la miró en silencio. Sintió que sus ojos lo buscaban en alguna parte de su ser. Ella clavó las uñas en el respaldo de la silla.

—Abandonen su casa. Pídanle perdón. Laven sus pies...

Mendoza sonrió.

—¡Miserable! —dijo Matilde arrojando la silla al piso y abalanzándose sobre el escritorio—. No sabe quién es él. No sabe lo que es un hombre.

El Coronel revolvió con la cuchara el resto de té que quedaba en la taza. Los labios de Matilde se contrajeron en una mueca de indignación. De un golpe barrió la loza que se desparramó por el suelo hecha añicos. Mendoza mantuvo la cabeza gacha, como si sólo su cuerpo estuviera allí. Pudo sentir su aliento, soportarlo, incómodo.

—Pagaré por esto —dijo ella. Fue hasta la biblioteca y quedó de espaldas—. Un correo vendrá de la ciudad. Trae órdenes de Taboada para que lo deje en libertad. Haré que lo encarcelen, Coronel, que le quemem las manos. Pagaré, se lo juro. — Matilde sollozó sujetándose de la tarima.

Mendoza aguardó a que se desahogara. Luego se acercó y le ofreció un pañuelo que ella tomó sin mirarlo.

—No quise hacerlo, pero él forzó las cosas.

—Usted las provocó.

—Cumplía órdenes.

—Por lo que sea. Invadió su casa. ¿Quién carajo se cree? —dijo Matilde dándose vuelta.

Mendoza bajó la vista. Quedó inmóvil un instante y luego regresó a su sillón. Recogió un pedazo de loza y jugueteó con él entre sus dedos.

—Señora, cuidaría yo el lenguaje, a no ser que, además de adúltera, quiera parecer guaranga.

—No me ofenda. Soy la esposa del Gobernador.

—Y la amante del Juez de Paz.

—No es asunto suyo.

—Pero podría interesarle a su marido. Yo que usted lo tendría en cuenta. Un

amante no es lo mismo que un pariente.

—No me amenace.

—Le sugiero.

—Y yo le sugiero que libere a don Miguel.

—No por ahora. Paga lo suyo como yo pagaré lo mío.

—No se equivoca. Lo pagará y muy caro. Pero, si lo deja en libertad, puede que más tarde consiga la suya.

—No es algo que me preocupe.

—Debería comenzar a pensarlo.

—¿Vino sólo a insultarme?

—Vine a llevarme a don Miguel.

—Entonces su viaje ha sido inútil.

Matilde se restregó las manos, sudorosas y frías. Contuvo el aliento y fue hasta la ventana.

—Me amenazó con una pistola —dijo Mendoza reclinándose—. De no haberlo hecho estaríamos ahora los tres tomando el té en la vajilla que acaba de romper.

—No lo veo muerto, ni siquiera herido. Le perdonó la vida como usted no es capaz de hacerlo.

—Un rapto de cordura no es lo que puede llamarse un mérito. Yo al menos no lo humillé.

Ella asintió con la cabeza.

—Bebe su orgullo en la sed de don Miguel...

—No debió haber venido —dijo Mendoza alzándose del asiento. Matilde giró la vista hacia afuera y miró al Juez que, inclinado hacia un costado, resistía los rayos del sol. No soportaba ver degradado así al único hombre que le inspiraba respeto y admiración. Respiró hondo y acarició el marco de la ventana con la mano.

—Negociemos —dijo sin volver la cabeza—. Pida algo a cambio. Lo que quiera.

Mendoza se acercó hasta ella y miró por la ventana. Detuvo la vista en Moral.

—Es un hombre —dijo—, igual a otro hombre; y usted una mujer, igual a cualquier mujer. Son valientes, sin duda, pero más que torpes. No voy a negociar.

—¿Por qué?

—Me humilló, y fue aún más allá.

Ella bajó la cabeza y arqueó la espalda.

—Puedo lavar su humillación —dijo—. No hay nada mejor que una mujer para reparar el orgullo de un hombre. Alguien que conoce la urgencia del sentimiento, capaz de descender a los límites de la dignidad y devolver las jerarquías perdidas. — Matilde giró y lo miró a los ojos. Su boca entreabierta había perdido toda ingenuidad y sus pupilas centelleaban de un modo provocador.

—¿Podrá conmovérmelo mi súplica, será suficiente para saciar su sed...? ¿O

aumentará su desprecio? ¿O me dirá ramera?

Mendoza permaneció inmóvil, temeroso y atraído a la vez por la ambigua sugerencia de sus labios. Sintió que maduraba una decisión que lo involucraba sin que pudiera concebirla. Quiso detenerla, buscar la forma de eludir su pregunta antes de que fuera demasiado tarde. Su proximidad lo perturbaba. El rostro de Matilde endureció como una máscara. Los trazos de pintura que aún cruzaban sus mejillas acentuaban la voluptuosidad de sus ojos. Ella fue dejándose caer hasta quedar de rodillas.

El Coronel trató de resistirlo pero en algún lugar de sí mismo un regocijo crecía con fuerza seducido por la expectativa de la súplica. Había estado oculto y ahora desatado, lo atormentaba el deseo irresistible de ser nombrado con dolor, de poder perdonar y ser cruel como un dios.

Matilde abrazó sus rodillas y fue descendiendo hasta el suelo. Rodeó sus pies como delante de un ídolo aborrecido al que se satisface y se desprecia.

—Coronel —dijo echándose en el piso—, lamento lo ocurrido. Se lo suplico. Deje en libertad a don Miguel. Nos destruye.

Mendoza guardó silencio, atento a las manos de Matilde que aferraban sus botas.

—Coronel —volvió a decir ella—, si no sabe perdonar obedece a sus impulsos como un ciego la oscuridad.

—Intentó matarme —contestó Mendoza.

—Pero se arrepintió.

—Buscó mi ruina.

—¿Qué otra cosa lo habría detenido?

—Jugó con mi terror... Lo siento.

Matilde dejó caer la cabeza.

—Una herida leve, para don Miguel, le será de muerte.

—¿Y soy yo el culpable de que se haya metido en esto? ¿No sabía a quién amenazaba?

—Ignoramos qué daños vienen detrás de los primeros. Devuélvale la libertad por bien de todos. Figuremos que se escapa. Le daremos cualquier cosa que pida. Figuremos que se escapa...

—Es tarde.

Matilde se mordió los labios. Descansó la cabeza en el piso y alzando sus dedos acarició el acordonado de las botas.

—Qué poca cosa somos los civiles —dijo— y qué poderosos los que calzan estas botas. Qué bien saben doblegar las palabras al dominio de la fuerza y rendirlas a su voluntad. Lo que ya no se sostiene ustedes pueden mantenerlo levantado, y lo que goza aún de jerarquía, con qué facilidad saben degradarlo. No sólo nos dieron la libertad, también demostraron a sus hermanos qué clase de brillo emana de sus

sables. Jamás la civilidad sola, moral, hipócrita, acostumbrada a convivir con sus más rabiosos adversarios, hubiera podido llegar a tanto. Lo que devora nuestras conciencias ustedes lo resuelven con un solo golpe de puño. Sin duda son más sabios que nosotros, porque hacen de los hechos algo suficiente. ¿Qué otro poder habría de atreverse con el trueno de sus armas? Un tiro de cañón vale trescientas de nuestras discusiones. Cómo no arrodillarse ante quien se teme, ante quien es capaz de darlo todo o castigar con mano tan cruel. Cómo no glorificar a nuestros guardianes, no arrepentirse después de haberlos ofendido, no secar nuestra saliva limpiando las botas de los padres de la patria.

Mendoza la alzó por los hombros y la retuvo frente a sí. Tenía los ojos enrojecidos y las venas de su frente parecían a punto de estallar. Le temblaban los labios. Sus manos lastimaron los brazos de Matilde.

—Usted es una cínica...

Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—Y usted un ingenuo...

—¡Perra...! —le gritó. Levantó una mano pero la contuvo en el aire. Se abalanzó sobre la puerta y llamó al Cabo.

—¡Qué se lleven de acá esta víbora y que no vuelva a entrar!

Salió a la galería y pidió su caballo. Deambuló de un lado a otro tropezando y maldiciendo. Volvió al cuarto pero se detuvo antes de entrar. Retrocedió, giró sobre sí mismo. Las piernas apenas lo sostenían.

—Carajo —gritó—. ¡Dónde está mi caballo!

Pasó el día en el desierto. Al salir del pueblo bordeó las sierras hacia el sur y luego se internó en los llanos hasta que el macizo fue una sombra recostada en el espacio. Después de unas horas, los rayos del sol, el balanceo de su caballo y la infinita extensión de los pastos habían adormecido su memoria sumiéndolo en un silencio profundo y neutral. Por más que se esforzaba en reconstruir imágenes y situaciones, dislocadas, sin destino, las ideas se sucedían unas a otras deshaciéndose como arena. Avanzó sin rumbo, alzando cada tanto la cabeza para desentumecer el cuello y salir del sopor en que otra vez volvía a caer. Reducido a la sequedad de su garganta, al monótono rumor de los insectos, al fuego que abrasaba su cerebro, Mendoza sintió que la distancia lo rodeaba desplazando con él el centro de su circunferencia. Avanzar fue persistir en un esfuerzo inútil, una estupidez de los sentidos.

Pasado el mediodía se detuvo a descansar bajo la sombra abierta de una brea. Humedeció los labios en el último resto de agua que cargaba el chifle y quedó quieto, con el torso apoyado contra el árbol y las piernas extendidas. Pensó que podía permanecer allí hasta pudrirse, inmóvil bajo la brea. Una voluntad se evaporaría tras otra, algún hocico salvaje lo empujaría por fin y moviendo el rabo comenzaría a

devorar sus restos.

Le ardían los párpados, contrahechos en dos órbitas pequeñas y endurecidas. A lo lejos, la arenilla reverberaba confundida con el cielo en una franja azulada y borrosa. Dentro, luces y vapores titilaban en todas direcciones. Fijó la vista allí y al cabo de un rato, como si fuera un boquete, vio la Avenida de la Alameda que bordeaba el puerto de Buenos Aires, con su tráfico de carruajes y paseantes. Pudo sentir el olor de aquella brisa fresca que alzada del río llegaba hasta los primeros edificios de la ciudad. Vio otra vez las damas de alto sombrero, acompañadas del brazo por hombres seguros y ambiciosos, de maneras sobrias y estudiadas. En aquel boquete vio las ruedas enchapadas de los coches girando sobre el empedrado de las calles, los jóvenes pálidos que aguardaban frente a las libreas detenidas que fuera una mujer la que, al descender, les mostrara la tersura de su tobillo. Sintió el rumor, otra vez ese rumor de la humanidad en movimiento. Los pasos apurados en los pasillos. El ruido de los morteros de la construcción. El sonido hueco de todos los zapatos, de todas las botas, de todos los calzados sobre los adoquines. El tráfico sutil de las apariencias con sus saludos y sus gestos. El carraspeo pudoroso en los entreactos del concierto. La melodía graciosa de los clarinetes y el respaldo de las tubas, aquella música satisfecha de las bondades del mundo, aplomada y triunfal.

Pensó que toda aquella gente vivía de espaldas al desierto, que la seguridad y elegancia de sus señoras estaba rodeada de cueros crudos, de melenas salvajes, de pies brutales aún, y una risa primero ahogada le fue creciendo en el pecho, unas ganas incontenibles de festejar el absurdo, de reír a carcajadas.

Rió de todos los jóvenes pretendientes a los cargos públicos, de los pañuelos que los ganaderos se llevaban a la boca después de pedir seguridad para sus negocios. Giró dando carcajadas sobre el polvo al recordar brindis y discursos, las manos de todos los oficiales sacudiendo el polvillo de sus uniformes, los ojos vacunos de los banqueros y su disimulada voracidad, el proceso de reconstrucción nacional anunciado por el Presidente.

Exhausto, con lágrimas en los ojos, se dejó estar boca arriba y rió de sí mismo. De sus aspiraciones a ser un general como San Martín. De sus pretensiones a la grandeza, de las ilusiones de su madre y de todos los que le habían hecho creer que la Patria y el Deber lo aguardaban en ese pueblo de mierda para cubrirlo de gloria.

Poco a poco fue recuperándose y con la respiración todavía agitada logró incorporarse. Miró alrededor mientras se sacudía el polvo del uniforme como si viera el desierto por primera vez. Un viento caluroso estremecía los pastos y negros nubarrones cubrían parte del cielo. Los insectos habían callado y el silencio era total. Su caballo se había alejado unos pasos espantado por las carcajadas. Quizás el silbido del viento o la extensión de los llanos, quizá la sensación de que era una criatura extraña en aquella pampa, lo llevaron a tomar las riendas, inquieto por un repentino

temor. Montó su caballo y taconeando los flancos buscó el regreso, oprimido por la intemperie.

Cuando llegó al pueblo el cielo deshacía sus luces y la tierra exhalaba un perfume seco y penetrante. Avanzó por las calles volcado sobre el lomo del animal, ausente a las miradas temerosas de los campesinos. Afiebrado y abatido por el cansancio, la tarde lo arrastraba en su lento derrumbe. Un perro salió al encuentro de su caballo que corcoveó y apuró el paso sin que Mendoza hiciera nada por ahuyentarlo.

Al verlo llegar los guardias abrieron el portón y el Coronel penetró en el patio vacío. Una luz oblicua doraba los muros sumiendo al Juez en la penumbra. Se detuvo enfrente y con la cabeza gacha permaneció en silencio, como si el caballo se hubiera detenido por propia voluntad cargando un peso muerto. Al rato alzó la vista y lo miró. Moral tenía la cara ladeada hacia un costado y respiraba con dificultad. Una herida amoratada y abierta caía de su párpado derecho hasta la mitad de la mejilla y algunas moscas zumbaban alrededor, posándose en la sangre seca. Sus huesos parecían más grandes ahora, detrás de la piel enflaquecida de sus pómulos. De su cuerpo emanaba un olor nauseabundo. Sintió pena por él, y una enorme pena de sí mismo. Nada de lo que hasta entonces lo había sostenido alcanzaba a justificar la postración del Juez, su propio abatimiento.

Mendoza desmontó y fue a buscar un cubo de agua. Al aproximarse, Moral giró la cabeza y lo miró de frente. Tenía los ojos enrojecidos y una expresión ahogada. Se miraron un momento, sin odio, con mutua compasión.

—Nunca se perdonará —dijo el Juez— haber insultado así a una señora.

El recuerdo de Matilde lo abrumó. Mendoza alzó la vista y oyó las risotadas en la barraca.

IX

Caminó hacia la barraca con lentitud. Se detuvo primero frente a su caballo y lo palmeó. Mientras preparaba la pistola y el revólver pensó en todo lo que no volvería a suceder. Era una hora precisa. Se demoró respirando el aire de la tarde. El silencio reinaba sobre los pequeños ruidos y el gorjeo de los pájaros, como un manto echado sobre la vida. Contempló la escasa luz que sostenía el tono celeste del cielo y se frotó el cuello. Después arremetió contra la puerta.

Se pusieron de pie los que pudieron. Otros, más borrachos, tardaron en darse cuenta. Por el suelo había un reguero de botellas vacías, algunos naipes, una media de mujer. Buscó con la vista al Sargento y lo encontró recostado contra unas bolsas. Tenía el torso desnudo y sostenía un palillo entre los dientes. En su dedo meñique brillaba una sortija de oro. Saravia lo miró con serenidad, como si hubiera estado esperándolo y ahora midiera las consecuencias de cada uno de sus movimientos. Mendoza se apartó de la puerta y continuó encañonándolos. Algunos soldados bajaron la vista pero la mayoría la sostuvo de un modo desafiante. Tenían las caras cruzadas de arañones.

Preguntó por ella y nadie se movió. Fue necesario que Saravia se levantara y los empujara hacia un lado y otro, despejando el paso hacia la piecita trasera. Cuando terminó volvió a dejarse caer y continuó masticando el palillo. Mendoza avanzó despacio, atento a los movimientos de los que dejaba detrás. Giró el picaporte y empujó la hoja de la puerta. Sobre unas bolsas de harina estaba tendido el cuerpo desnudo de Matilde, con las piernas abiertas y la cabeza vuelta hacia la pared. Desde lo alto, una ventana pequeña proyectaba un cono de luz sobre su pecho. Respiraba con dificultad y el Coronel pudo verla apretar uno de sus puños antes de que la puerta se le viniera encima aplastándolo contra el marco. Forcejeó tratando de zafarse. Un golpe le hizo arrojar el revólver y disparó su otra pistola contra la madera. Al fin la resistencia cedió. Buscó con el brazo detrás de la puerta y, aferrándolo del cabello, sacó al Cabo que con los ojos muy abiertos se dejó conducir. Mendoza lo empujó y el otro cayó de rodillas; trató en vano de sostener las tripas sobre las que se desplomó. Los soldados lo rodearon y Mendoza entró en el cuarto. Envolvió a Matilde con los restos de su vestido, la alzó y salió con rapidez. Cruzó entre los hombres pero esta vez Saravia le cortó el paso.

—Hizo mal —dijo el Sargento señalando la pistola. Apartó un pedazo de tela del vestido y acarició un muslo de Matilde. Ella sólo apretó aún más los ojos, que en todo el rato había mantenido cerrados.

—Peor hiciste vos —contestó Mendoza—. Más te hubiera valido cogerte una cabra que a la esposa del Gobernador.

El Sargento frunció el ceño. Apretó la piel tibia de Matilde y lo miró descreído.

—¿La prienda del Juez?

—La esposa del Gobernador —repitió el Coronel. Saravia meneó la cabeza.

—Eso dijo, pero no le creímos —contestó, buscando con la mirada el apoyo de los demás.

—En tu vida te vas a arrepentir tanto... Hacete a un lado o sos compañía del Cabo. —Mendoza llevó hacia atrás el percutor de su revólver. Saravia volvió a cubrir el muslo de Matilde. Se quitó el palillo de los labios y, rascándose la cabeza, se apartó.

Cuando Mendoza llegó a su habitación trancó la puerta. Dejó a Matilde sobre la cama. Fue hacia la ventana y volvió a cargar el arma. No vio movimiento por parte de los hombres, así que regresó adonde estaba ella y la cubrió con una manta. Matilde temblaba y mantenía los ojos cerrados. La obligó a beber de la botella un trago de licor y comenzó a revisar la habitación buscando armas. Tenía la pistola y el revólver pero el fusil había quedado en su montura. Encontró algunas municiones y una pistola pequeña de mujer. Regresó a la ventana y permaneció allí, atento a lo que ocurría afuera. La noche había extendido sus sombras y la figura del Juez era apenas distinguible en el centro del patio. Los soldados no habían encendido fuego y sólo de la puerta abierta de la barraca salía un rectángulo de luz por el que habían entrado los soldados de la guardia juntándose con los demás.

Trató de imaginar la desesperación del Sargento, ahora que sabía terminada su carrera en el ejército. Taboada lo fusilaría; era tan imperdonable no distinguir una dama de una mujer como confundir un caballo con un animal. O desertaba junto con sus hombres, o venía por ellos y no paraba hasta degollar a todos los testigos.

Mientras escudriñaba las sombras pensó en Isabel. A esa misma hora quizá paseara con su padre por las orillas del Sena, sin sospechar que él estaba muriendo en un agujero de América. Quizá lo supiera desde siempre, cuando eligió los beneficios de la civilización a sus pretensiones de hacerse un destino en el país. Estarían ahora con Federico, los tres juntos, viviendo de las rentas familiares, gozando de la ópera y del vapor, bostezando en medio del tráfico. Jamás le perdonaría, Isabel, haber enrolado a su hijo en el ejército, habérselo arrebatado para la guerra. Tal vez en ese mismo momento también él estuviera en una cueva, roído por el miedo, cercado de paraguayos hambrientos de su vida. En París estaban los libros que le había negado, los juegos y las muchachas que le había negado, los trajes y los paseos y las fiestas y las risas que nunca iban a conocerlo.

La voz de Matilde lo sobresaltó. No había pensado en ella. No había querido hacerlo.

—Hace falta luz —dijo. Mendoza torció apenas la cabeza y volvió a mirar hacia afuera.

—No conviene que vean hacia dentro. Es probable que vengan por nosotros.

—¿Tiene armas?

—Algunas.

—Si se fija en el recodo derecho de la biblioteca verá que uno de los anaqueles se desprende. Detrás hay un rifle a repetición y municiones.

El Coronel buscó y encontró un Bonfield 65 y algunas cartucheras. Regresó a la ventana y continuó vigilando. Matilde guardó silencio un rato pero luego habló con voz entrecortada.

—Si salimos con vida, sepa que me cobraré.

Mendoza bajó la cabeza. Le aconsejó que se pusiera alguna ropa de hombre y volvió la vista. En el centro del patio, Moral había comenzado a cantar. Apenas podía distinguírsele pero su voz, primero quebrada, se fue templando hasta alcanzar cierta solidez: «Que la vida es un río, digo / y en la mar se muere / que mi corazón es tuyo / y de amor se duele».

Los hombres salieron de la barraca y comenzaron a encender el fogón. Dos de ellos se aproximaron a Moral y lo empujaron con los pies.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó uno.

El Juez los miró de frente y los soldados retrocedieron asqueados. El tajo de la mejilla, abierto como una flor, se había llenado de pústulas y la gangrena le desfiguraba el rostro.

—Que voy a morir, hijo —contestó—, y quiero hacerlo cantando.

—Si quiere lo ayudo... —dijo el otro llevando la mano al facón. Un brillo de pavor asomó a los ojos de Moral. Le temblaron los labios y estaba por pronunciar algo cuando Saravia los llamó.

—Total va a cagar igual —se dijeron y regresaron con los demás.

Junto al fuego, los soldados fabricaban antorchas con estopa. El Sargento daba las órdenes yendo de un lado a otro y se irritaba con facilidad. Mendoza buscó el fuentón de agua y lo acercó a la ventana. Preparó las pistolas y acomodó el rifle contra la pared.

—Ya vienen —dijo. Matilde fue hasta la ventana y se colocó al lado del Coronel. Acercó una mesita baja y preparó las municiones. Con cada antorcha el patio se había ido iluminando y su reflejo en la habitación les permitió mirarse a los ojos. Ella pareció querer decir algo pero desvió la vista hacia afuera. Moral había recommenzado a cantar.

Cuando estuvieron todas las antorchas encendidas los soldados se abrieron por el patio y la claridad fue total. El Coronel alcanzó a distinguir una sombra inexplicable encaramada sobre uno de los muros, junto al portón.

La primera antorcha pegó en el vidrio sin romperlo y cayó bajo la ventana. Al tiempo que Mendoza rompía el cristal y comenzaba a disparar, una segunda antorcha penetró en la habitación derramando fuego por el piso. Matilde corrió hacia la cama

y, agarrando los acolchados, se arrojó sobre las llamas tratando de ahogarlas. Otro soldado corrió por el frente y arrojó su antorcha antes que Mendoza le disparara en el vientre. Se dobló en dos, pero antes de caer otro chumbazo lo levantó del suelo, impulsándolo hacia delante. Los hombres giraron y vieron sobre los muros a un grupo de gauchos que, disparando, se dejaban caer hacia adentro.

A las corridas Saravia ordenó que arrojaran las antorchas y se cubrieran. Un hombre intentó abrir el portón pero una bala le partió la cabeza. Dispersos, los soldados apenas podían hacer frente a los fogonazos nacidos de las sombras. Un segundo gaucho consiguió correr el cerrojo pese a la descarga que le quebró la cintura y un grupo de jinetes arremetió contra el portón penetrando en el patio. Los tiros se cruzaron en todas direcciones y la confusión fue general.

Mendoza echó el agua del fuentón bajo la ventana y consiguió disminuir las llamas. Comenzó a disparar, esta vez contra los hombres de la Pachanay. Los jinetes se lanzaron de los caballos y, usándolos de escudo, trataban de cubrirse. El aire de la noche se impregnó de pólvora y gritos.

Algunos soldados consiguieron parapetarse en la galería, frente al cuarto de Mendoza, y desde allí abrían un fuego discontinuo. Cuando el humo y el fuego de la ventana volvieron a crecer, el Coronel empujó a Matilde hacia un rincón y abriendo la puerta comenzó a disparar con el rifle. Dos gauchos cayeron cuando trataban de alcanzar con sus lanzas la valla de la galería. En medio de la lucha se oía el canto de Moral que continuaba repitiendo una y otra vez la melodía.

Una boleadora se le vino encima a Mendoza desde la oscuridad y, arrebatándole el rifle, se le enroscó en el cuello. El Coronel cayó hacia atrás empujado por el impacto. Las bolas estuvieron a punto de romperle el cráneo. Consiguió reponerse y, sacando la cuchilla, arremetió contra la barriga del gaucho que acababa de ocupar la entrada. Rodaron hacia afuera y cayeron en el patio. Mendoza empujó el acero hasta hundir los dedos en las entrañas del hombre que finalmente dio vuelta los ojos y dejó de resistir.

Las antorchas dispersas por el piso iluminaban siluetas que se cruzaban en todas direcciones. Algunos heridos se arrastraban en el suelo y, buscando socorro, encontraban la muerte. A unos metros un caballo agonizaba con el vientre reventado. El Coronel alcanzó a darse vuelta cuando vio a Saravia correr por la galería, detenerse y apuntarlo con una pistola. Distinguió el fogonazo y sintió un dolor agudo sobre su sien izquierda antes de perder el conocimiento.

Cuando volvió en sí, un peso enorme le aplastaba la espalda. Se palpó la cabeza. Su mano buscó vanamente la oreja que le faltaba. Mendoza se estremeció. Con gesto imbécil buscó el cartílago alrededor suyo, como si no acabara de convencerse. Estiró el brazo y alcanzó una masa tibia y deforme, cubierta de polvo. Sus dedos temblaron y la dejaron caer. Sintió latir la herida como un nuevo corazón, como si su cabeza

entera, ahora, se dilatara y comprimiera, y los objetos mismos se alargaran a ese ritmo irradiando colores macizos, capaces de prolongarse sobre los objetos y entrechocar, azules con verdes y rojos furiosos. Trató de incorporarse y no pudo. Tenía dos cadáveres arriba.

La lucha continuaba y acabada la pólvora, las dagas decidían el ritmo en una danza siniestra. Por donde mirara veía hombres entrelazados en abrazos de muerte. El silencio, sólo interrumpido por un grito de dolor o por el chasquido de las vainas, era más aterrador que los estruendos. Unos metros delante, un gaucho acababa de matar a un soldado. Estaba todavía arrodillado frente al cadáver cuando otro gaucho se le plantó detrás y lo agarró por la cabellera.

—Yo te vi, Churqui —dijo—. Yo te vi con la Tía, perro... nos perdemos por tu culpa... —y le hundió el cuchillo en la nuca. El cuello se quebró como un tallo y cayó hacia delante. En lo borroso de su conciencia Mendoza trató de entender. Se nubló la vista y lo arrebató un mareo. Cuando se recuperó, alguien desataba al Juez mientras un jinete los aguardaba. Mendoza juntó fuerzas y finalmente consiguió zafarse. Se incorporó pero lo retuvo una fuerte puntada en la cabeza. Corrió hacia Moral cuando quedaba libre y trataban de subirlo al caballo. Alcanzó a colgarse de una pierna del Juez al tiempo que el jinete iniciaba la carrera. Moral quedó prendido de la montura y el Coronel tironeó revolcándose por el suelo. Cayeron ambos a corta distancia uno del otro. Cuando el jinete pegó la vuelta Mendoza pudo reconocer a la Pachanay. Tendido boca abajo, exhausto, la vio mirarlo con fiereza y cargar contra él. Ella arremetió con el caballo, y lo habría destrozado bajo los cascos si un soldado no hubiera hundido su lanza en los ijares del animal, que rodó por tierra desangrándose. La Pachanay quedó atrapada y pidió ayuda. Varios hombres formaron un escudo a su alrededor mientras otros la quitaban de abajo del caballo. Finalmente un jinete la alzó sobre la grupa y emprendió la fuga. Los demás los siguieron, unos montados y otros a pie.

El Coronel miró al Juez que yacía tendido con la respiración agitada y al apartar la vista distinguió a Saravia, a pocos metros, tumbado en el suelo. Se arrastró hasta él y lo miró de cerca. Tenía un agujero en el estómago y boqueaba sangre. Sus ojos nublados giraban en sus órbitas como pájaros buscando una salida. El Coronel le quitó la pistola que tenía en la mano y el Sargento forcejeó sin fuerzas. Por un instante Saravia pareció reconocerlo, antes que le acercara el caño a la boca y disparara.

Mendoza giró y quedó tendido de espaldas. Allí arriba la noche se extendía ante sus ojos como un testigo indiferente y lejano. El brillo de las estrellas se ahogaba en la oscuridad y una luna mezquina subía por la bóveda del cielo. De pronto percibió el silencio, un silencio profundo carente por completo de sonidos, que parecía descender desde la noche y abrazar los cuerpos inertes, la luz de las antorchas, las armas inútiles

en los brazos mudos. Tragó saliva y sintió el dulzor de la sangre inundándole la boca como un néctar tibio y espeso. Miró lo que quedaba: el movimiento diminuto del último estertor, una mano que se crispaba, los espasmos de un caballo que no acababa de morir. En la habitación, Matilde y unos soldados echaban baldes de agua sobre las últimas llamas de la ventana. El fuego había comido la parte baja y la puerta era un boquete que se prolongaba por la pared. Más allá, en la galería, un soldado agachado se abrazaba el cuerpo y temblaba.

Con las últimas fuerzas que le quedaban Mendoza se incorporó y fue hasta el Juez. Lo arrastró de los brazos hasta el poste y volvió a maniatarlo. Cuando terminó, se irguió y vio que Moral no se movía. Pensó que estaba desmayado como él. «No, yo no», se dijo. Avanzó dos pasos y se derrumbó.

X

Primero distinguió a Matilde. Su figura ocupaba parte de la puerta, ahora extendida por la pared. Ella estaba de espaldas y vestía ropa de hombre. Recortada contra la claridad, la estrechez de sus hombros la convertía casi en un muchacho. Más allá, sobre la biblioteca, vio al cura sentado en una silla, con las piernas abiertas y los brazos caídos en medio. Tenía los labios entreabiertos y los ojos hinchados y absortos.

Una ráfaga de viento penetró en la habitación arremolinando polvo. Ninguno de los dos se inmutó. La tierra giró a su alrededor y finalmente se pegó a ellos como al resto de los muebles. Al rato, el cura se levantó y caminó despacio hacia la ventana. Al aproximarse, sus zapatones molieron los vidrios esparcidos por el piso y el crujido de las astillas le hirió la cabeza. Se palpó la sien y notó que le habían colocado una venda. Recordó la noche anterior, y en medio la mueca nerviosa de Saravia mientras lo apuntaba con el arma en alto. Recrudesció el latido de la herida como si su cerebro estuviera abierto y los sesos se contrajeran y dilataran semejantes a un corazón. El Coronel pensó que quizá nada de lo que veía estuviera realmente allí. Matilde y el cura, aplastados contra el espacio, y todo lo que debían tener por delante y detrás, parecía poder ser arrugado como una hoja de papel y echado a la basura.

Sí sabía con seguridad que las bestias habían sido derrotadas. Pero las bestias habían sido derrotadas por las bestias y ese pensamiento lo llenó de inquietud. Pensó en Saravia y lo vio boquear, con las manos ensangrentadas sobre el estómago y sus repulsivos ojos girando fuera de las órbitas. El ejército estaba lleno de tipos así. El país estaba repleto de hombres así, fieles como perros a su única obsesión de sacar siempre ventaja, de salir de la miseria y conseguir arrimarse al poder, aunque sea limpiando las escupidas de los invitados a la fiesta. Ahora que lo había matado, comprendía hasta qué punto le había temido. Era poco probable que los demás intentaran algo sin un jefe, pero bien sabía que la necesidad y la desesperación producían jefes a montones.

Trató de incorporarse y presa del vértigo, su cabeza volvió a caer sobre la almohada. El cura se dio vuelta y lo miró. Se acercó frente a la cama y guardó silencio. Cabeceaba y arrugaba la barbilla conteniendo una emoción. Matilde se aproximó por detrás y quedó parada a su lado. Tenía los cabellos revueltos y la cara tiznada. Sus ojos lo miraban pero parecían ciegos. El Coronel volvió a incorporarse y esta vez resistió el mareo hasta que todo volvió a su lugar. Sintió que el silencio lo acusaba. En cuanto se rehiciera desataría a Moral. De nada valía ya tenerlo allí, ahora que los soldados eran más peligrosos que el Juez. Pero enseguida pensó que no lo había condenado por peligroso sino por orgullo o simple lógica militar. O quizá, y esto lo pensaba por primera vez en medio de un estremecimiento, porque el Juez era

el único ser con quien, mientras estuviera inmóvil, podía medir sus convicciones.

Juntó fuerzas y se sentó en la cama. Los miró una vez más y bajó la vista. Ellos continuaban petrificados en una actitud que no alcanzaba a comprender. Sin duda esperaban su autorización para liberarlo, y sin embargo nada decían ni sus miradas reflejaban sentimientos humanos. Mendoza se calzó la chaqueta, los pantalones. A los tumbos llegó hasta la puerta.

Unos pocos soldados, ayudados por gente del pueblo, cargaban los cadáveres en un carretón. Algunos perros correteaban alrededor de los cuerpos deteniéndose a husmear las ropas. El sol estaba alto pero una masa de nubes cubría el cielo enrareciendo la luz. En el centro, junto al poste, vio el cuerpo de Moral cubierto por una manta hasta la cabeza. Se volvió hacia atrás y quedó apretado contra la pared, con la vista fija en las espaldas del cura y de Matilde, que todavía permanecían frente a la cama.

Lo conmovió un temblor y cerró los ojos. Los cerró como para no volver a abrirlos. Quizá no hubiera despertado y en el sopor de la fiebre se confundía. «Quizá sea de noche aún», pensó, «quizá no haya ni siquiera amanecido y a mí me parezca que estoy de pie. O puede que lo esté realmente pero que ellos dos no estén allí, o que afuera no haya nadie, o que sí estén juntando los cadáveres y los arrastren de las piernas y revisen sus bolsillos y les quiten las botas, pero la manta sólo llegue hasta su pecho».

Mendoza abrió los ojos. «Eso es», se repitió, «están demasiado quietos. Puede ser un indicio. No han hablado y deberían haberlo hecho. Tendrían que haberme abofeteado, escupido, arrastrado. Matilde dijo que se vengaría». Lo recordaba con claridad. Pero no habían hecho nada, ella sólo lo había mirado de un modo inhumano. «Eso es, eran brutales como un sueño».

Quizá había mirado mal, era una posibilidad. Se había equivocado. La debilidad lo traicionó, la luz, esa masa espesa y sucia. Lo habían abrigado del frío. O mejor, no era él. Sólo que habían puesto a otro en su lugar por alguna razón que ignoraba y todo se trataba de un engaño. Una trampa perfectamente armada, la venganza que Matilde le había prometido. Habían sido calculados su silencio, su gravedad, el género tapando todo el cuerpo. Abusaban de su herida, de su cerebro roto. No se animaban a matarlo así no más, y entonces... querían ahogarlo...

Fue hasta el escritorio. Se sostuvo de la tarima y se dejó caer en el sillón. Hundió la cabeza entre las manos y permaneció en silencio.

Matilde cruzó una mirada con el cura. Dudó un instante y fue hasta el Coronel. Roque intentó detenerla de un brazo pero ella se zafó. Sacó de su bolsillo un papel y se lo arrojó. Cuando Mendoza alzó la vista ella se había alejado hacia la ventana. Desdobló la hoja y leyó: «Al Coronel Mario Mendoza: Ordeno a usted que ponga en libertad sin demora al Señor don Miguel Jacinto del Moral, Juez de Paz del pueblo de

Olta. Restituya sus bienes y enmiéndose, bajo pena de usted de sufrir castigo por esta autoridad. Dentro de unos días nos volvemos a Santiago. Preséntese a la brevedad y después podrá regresar a Buenos Aires. Su General, Antonio Taboada. Posdata: el Sargento Saravia y algunos hombres deben adelantarse».

Dejó caer el papel y se echó hacia atrás. Una nueva ráfaga de viento, esta vez más fuerte y prolongada, invadió el cuarto. El polvo enrareció el aire y sumó otra capa de tierra sobre ellos. Mendoza permaneció inmóvil con la vista fija en el vacío. La vida se había detenido y el desierto parecía llegar hasta allí impregnándolo todo con su aliento. Sintió que daría la vida por poder obedecer a ese gaucho. Pero el tiempo, ahora sin finalidad ni objeto, le franqueaba las puertas como un dios infame que después de haber saciado su apetito se levantara satisfecho de la mesa y lo abandonara.

Llegadas de afuera algunas voces, como el polvo, se depositaron en el cuarto. Allí bullía la vida y no lo rozaba. Allí en el patio la rueda de una máquina seguía girando sin él. Podía sentir su rumor como si se tratara de una calle de mercado. Todo volvería a rehacerse y sería parecido a algo que ya nadie retendría en la memoria. Taboada regresaría a su provincia y Varela lo intentaría de nuevo. Él mismo sería reinventado en algún joven oficial con aspiraciones de grandeza en un país más empequeñecido. Matilde volvería a su casa y el cura a sus rezos, la Pachanay tendría una derrota que ocultar y la gente del pueblo retomarían sus trabajos. Nadie había que no tuviera un destino que jugar, excepto el muerto y el matador, que eran el equilibrio exacto de un mismo precio.

—¿Qué dice Dios? —preguntó de pronto, sin desviar la vista de la pared.

Acaso Roque no quiso negarse o también él sentía necesidad de hablar. Giró en su lugar y lo miró de reojo.

—Llora, hijo —contestó.

—Es que puede estar arrepentido... —insistió Mendoza.

Roque asintió con la cabeza.

—¿No lo sabía?

—Sí, lo sabía —contestó el cura sin dejar de cabecear—. También sabía que le tocaría sufrir.

—¿Nos detesta?

—Te ama —replicó el otro mirándolo de frente. Se había acercado un poco y su voz traducía cierta excitación. El Coronel sonrió con desprecio.

—Ama la miseria.

—Ha creado la miseria.

Esta vez Mendoza lo miró de frente.

—¿Por qué?

El cura enrojeció y un brillo taciturno ganó sus ojos, como si fuera el resabio de

una luz lejana. De haber tenido algo cerca lo hubiera hecho pedazos entre las manos.

—Porque sin miseria no habría arrepentimiento, ni castigo, ni perdón. Nada que justificara un solo acto de nuestras vidas.

El Coronel aguardó un momento y agregó, quizá sólo por no resignarse a caer de nuevo en el silencio.

—Y usted me odia...

—Yo te compadezco, que es peor —contestó Roque y se apartó hacia un rincón.

Mendoza permaneció ensimismado. Le dolía el cráneo como si lo tuviera partido en dos. Golpeteó con una mano en el brazo del sillón. Se incorporó, fue hasta la puerta y volvió a mirar hacia afuera. Habían llevado a enterrar los cuerpos y algunos hombres mutilaban los caballos muertos para llevárselos de a pedazos. Junto al poste continuaba cubierto un bulto informe, capaz de ser confundido con cualquier trasto si no fuera porque la manta, más corta que el cuerpo, ocultaba una cabeza y descubría sus pies. Caminó hacia allí sin desviar la vista de aquellas botas que asomaban por debajo. Cuando estuvo enfrente se arrodilló, se fregó las manos en las piernas y recorrió la manta. Un hedor nauseabundo lo envolvió. Aún tenía el torso apoyado contra el poste y las manos atadas. Le miró la cara deforme por la gangrena y apartó los ojos. Recordó la melodía que esos mismos labios, ahora anudados en la hinchazón, habían cantado la noche anterior.

—Usted fanfarroneó —dijo por lo bajo—. Los fanfarrones mueren primero.

Lo desató y le llevó los brazos para adelante cruzándolos sobre el abdomen. Quedó mirándolo un momento y volvió a ponerlos a los costados. Lo tomó del torso y lo estrechó contra sí pero enseguida lo apartó extendiéndolo en el suelo. Advirtió entonces que tenía las mandíbulas entreabiertas y le asomaban algunos dientes. En vano intentó cerrárselas. La musculatura había endurecido y retomaba con terquedad la posición anterior, como negándose a ocultar el miedo que de todos modos había sentido ante la muerte. Mendoza gimió. Le sacudió las ropas. Le abotonó el chaleco. Aferró una de sus manos entre las suyas y la dejó caer. Hundió la cabeza entre los brazos tratando de entender.

Intentaba armar una respuesta cuando sintió que lo observaban. Levantó la vista y vio a los soldados que, a unos metros de distancia, se codeaban en silencio. Detrás, alguien había traído los caballos. Mendoza los miró extrañado y luego fue comprendiendo contra su propia voluntad. Se levantó del suelo y los hombres retrocedieron. Dio un paso adelante y otra vez se alejaron. Mendoza alzó el brazo sin llegar a pronunciar una orden y los otros montaron a la carrera, uno de ellos en su propio caballo, espolearon los animales y cruzaron el portón. Se apuró detrás y corrió unos metros hasta que un fuerte mareo lo hizo trastabillar y detenerse. Sumido en la polvareda quedó mirando las siluetas de los jinetes mientras se alejaban hacia los llanos. Cuando no fueron más que una mancha al fondo de la calle y luego un punto

reverberante en el desierto, Mendoza sintió que el espacio lo constreñía y que todo lo que lo rodeaba se volvía de pronto extraño y amenazador. No supo si avanzar o retroceder, o quedarse allí. Permaneció encorvado en el centro de la calle sujetándose la cabeza con una mano. Unos hombres lo miraban recostados en el muro de enfrente. Tuvo miedo y regresó a la casa.

Cruzaba la entrada cuando un chico lo atropelló llevando en la mano uno de sus sables. Trató de ir tras él pero una vieja pasó a su lado sosteniendo en la pollera alzada parte de su vajilla. Entró en el patio y vio que una caterva de mujeres y niños se disputaban el equipaje de su baúl, tironeando de sus ropas y objetos personales. El cura y Matilde habían levantado el cuerpo de Moral y lo llevaban a la casa indiferentes a la refriega. Mendoza se abalanzó sobre el grupo y, sin fuerzas para gritar, se limitó a tirar de algunas prendas para adueñarse de ellas. Los pequeños lo rodeaban y, apenas rescataba algo del baúl y lo retenía bajo el brazo, se lo volvían a quitar por detrás. Tironeaba con una mujer joven de uno de sus calzoncillos cuando vio en el cuello de una vieja la cadena y la medalla de su madre. Soltó la prenda y atajó a la anciana por el cuello. Le aferró la garganta y la atrajo hacia sí, hundiendo sus dedos en la carne flácida. A la vieja se le humedecieron los ojitos y, cerrándosele, formaron una arruga más de las que cruzaban su cara. Con la otra mano Mendoza tiró de la medalla hasta desprenderla. Cuando la anciana se vio libre retrocedió unos pasos y volvió a abrir los ojos. Alzó un brazo señalándolo y comenzó a gritar «¡Asesino!», mientras se frotaba el cuello con la otra mano. El resto de las mujeres y chiquillos dejaron de saquear el baúl y se le sumaron recogiendo piedras del suelo. El Coronel retrocedió tratando de cubrirse la cabeza de las pedradas que caían sobre él. Corrió por el patio y sin saber cómo, sobre el portón de entrada chocó contra una barrera de hombres que le franqueaba la salida. Guardaban silencio y algunos llevaban palos en sus manos. Mendoza cayó al suelo, se encogió y cubriéndose lo más que pudo aguardó el final. Sentía girar en torno de sí un coro rabioso de voces que lo insultaban, que se compelían mutuamente a tomar venganza y a descargar el primer palazo sobre su cuerpo. Estaban por cerrar el círculo cuando el cura salió de la habitación y corrió hacia ellos. Empujó a la gente hacia atrás y lo levantó del suelo.

—¡Perros...! ¡Hienas! —vociferó.

—Nos apaleó en la iglesia —protestó uno de los hombres.

—¡Cállate, imbécil...! —replicó el cura empujándolo hacia atrás—. Tienes la voz de Satanás.

A medida que hablaba, Roque abría el grupo y, tomando a Mendoza de un brazo, lo conducía hacia afuera. La gente se apartaba lo menos posible, negándose a ceder.

—Caerá la peste sobre vosotros. Ahora mismo el Señor envenena las aguas y mata las ovejas. Aquel que haya golpeado quedará manco y golpeado será en el

infierno. Le partirán el cráneo y los huesos de los brazos. —Mientras gritaba así, arrastraba al Coronel que se dejaba llevar como un ciego. Su cabeza había vuelto a sangrar. Ya avanzados en la calle se detuvieron. La mayoría de la gente quedó sobre el portón de entrada y sólo algunos hombres se atrevieron unos pasos más pero dispersándose. Roque preguntó a Mendoza si podía caminar solo. El otro lo miró extraviado.

—De todos modos —dijo el cura—, no puedo acompañarlo. Haga lo que le indico. Camine derecho hasta el álamo que tiene una piedra blanca cruzada debajo y doble a la derecha. Verá un muro de pircas que comienza a unos metros. Casi al terminar está la casa del curandero. Dígale que yo lo mandé y espéreme allí. Después veremos.

Roque se volvió y encaró de nuevo a la turba:

—¡A ver... luciferinos! Ha muerto mi primo, nuestro Juez de Paz. Todos sabemos lo mucho que nos quiso y lo que le debemos. Ahora nos toca hacer su velorio, un velorio que debe ser recordado hasta por nuestros tataranietos. Haremos procesión, vestiremos al santo y lo sacaremos a la calle. Quemaremos los cirios de Navidad y lloraremos juntos...

Mientras Roque hablaba a los gritos, Mendoza había comenzado a andar por el centro de la calle. Cada tanto la vista se le nublaba y confundía los pasos. La luz se cerraba sobre él haciéndole perder el equilibrio. Se detenía entonces, adelantaba primero un pie y reiniciaba la marcha, repitiendo las indicaciones del cura como un rezo.

XI

Al cruzar las pircas un perro despelado y mugriento salió debajo de la lona del rancho y comenzó a ladrarle alrededor. El Coronel se detuvo y lo siguió con los ojos. Intentó arrojarle una patada pero estuvo a punto de caer y no hizo sino aumentar la furia del animal. Ahora achataba las orejas y gruñía adelantando las patas, como si se propusiera saltarle encima. Por fin, una voz venida del interior del rancho lo llamó haciéndolo retroceder. Se descorrió una orilla de la lona y alguien le preguntó qué buscaba.

El sol restallaba sobre el techo y las paredes del rancho. Aun esforzándose Mendoza no logró divisar más que unos rasgos hundidos en la penumbra. Trató de recordar el nombre que le había mencionado el cura. Buscó en su memoria como si metiera las manos en un baúl desfondado y miró una vez más hacia la oscuridad de la puerta.

—Me manda el párroco —dijo por fin y respiró aliviado.

—Ajá... —contestó la voz—. ¿Y qué busca?

El Coronel ladeó la cabeza y se pasó una mano por el pecho. Recién entonces sintió que no sabía por qué el cura lo había enviado allí. Descontaba que lo recibirían, ni siquiera había pensado en ello. El perrito permanecía expectante, al costado de la puerta, como si del resultado del diálogo dependiera el reinicio o no del combate. Pensó que debía irse. El cura sólo había querido deshacerse de él. Giró hacia el cerco pero sintió que cualquier lugar sería un espacio cerrado igual a ése.

—Soy el Coronel Mario Mendoza —dijo volviéndose, con la cabeza gacha.

—¿Y qué es lo que busca, Coronel...? —repitió la voz.

Mendoza apretó las mandíbulas. De pronto su rostro se iluminó.

—¿Usted es Sandíaz?

La voz tomó cuerpo en la figura de un viejo que avanzando unos pasos señaló hacia un costado.

—Es detrás de aquel monte. Vaya por el sendero y cruce el arroyito. Cuando llegue a la huerta siga el alambrado y va a ver un canal. Sígalo hasta la casa.

Mendoza quedó mirándolo con la boca entreabierta. Entornó los ojos y sintió que estaba por derrumbarse. Algo se derretía en alguna parte. El anciano se le acercó.

—¿Está armado?

El Coronel negó sosteniéndose la cabeza con una mano.

—Pase... —dijo el otro. Lo tomó del brazo y lo condujo dentro del rancho. Le quitó la venda, hizo un emplasto con yuyos y le colocó una nueva. Después lo acostó en un catre y lo cubrió con unas mantas. El rancho olía a jarilla y un aroma dulce y seco se desprendía del caldero que hervía en un rincón de la pieza. Se elevaba de allí un humo blanco que, abultándose contra la paja del techo, escapaba por un boquete

en la pared. Colgaban de los tirantes algunas correas y cueros de oveja, sogas y arreos. Sintió el cuerpo pesado de las mantas sobre su pecho, el olor de la lana cruda, los movimientos lentos del viejo, y se quedó dormido.

Cuando despertó el hombre cosía una camiseta sentado en un banquito, con el perro echado entre las piernas. Recorrió con la vista el interior del rancho. La penumbra lo envolvía como un odre y un rayo de sol cruzaba el cuarto penetrando por el boquete superior de la pared. Sintió el rumor de las gallinas que merodeaban por afuera y a través de la puerta abierta pudo ver las ramas de un árbol bañadas en una luz amarillenta. Se removió en el catre y el viejo alzó la vista. Fue hasta él, le hizo girar la cara hacia un costado y observó la venda.

—Está muy bien —dijo y quedó mirándolo con una sonrisa en los labios.

Mendoza contempló su piel cuarteada y floja como la de un animal grande que ha perdido la musculatura, su mirada infantil y franca.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Miranda, señor.

—¿Hace mucho que duermo?

—Desde ayer. Pasó la fiebre.

—¿Dónde estoy?

En mi casa, pues.

—Yo lo conozco —insistió el Coronel. El hombre sonrió con pudor.

—Los otros días casi me mata frente a la iglesia. Yo le pedí que no lo hiciera. Usted me escuchó.

Mendoza bajó la vista y recordó las espaldas del viejo bamboleándose en el centro de la calle, los saltitos de sus piernas, la voz del cura que el hombre no había oído. Enrojeció. Le devolvió una mirada rápida y se incorporó. Ningún mareo vino esta vez.

Miranda buscó un caldero y salió del rancho. Recostado contra la puerta, Mendoza lo vio preparar un fuego y echarle la pava encima. Jirones de nubes cubrían un cielo pálido que sobre los cerros se abría en espirales de ceniza alrededor de un centro esfumado y turbio. Al fondo de la calle una muchacha arreaba sus cabras ayudada por un perrito. El tintinear de los cencerros y el balido de los animales llegó hasta él.

Mientras el viejo preparaba el mate prestó atención al bullicio de los pájaros en el árbol, a los sonidos que cruzaban la tarde. Del otro lado de la calle alcanzaban a verse una o dos casas, algunos cercos de piedra rodeados de arbustos cada vez más ralos y por último el desierto, todavía encendido y reverberante.

Miranda regresó con la pava y, acercándole una silla, lo invitó a sentarse. Le tendió un mate y Mendoza aceptó. Permanecieron un largo rato callados. El Coronel sintió que, por alguna causa, todo aquello había dejado de serle extraño. Hasta podía

gozar del lugar sin inquietarse por su brutalidad. Una rara emoción embargaba sus sentidos, como si fueran el lazo de una misma dimensión prolongada dentro y fuera de sí. Hizo sonar la bombilla y devolvió el mate.

—Viene de largo la seca... —dijo.

El otro torció la cabeza y habló sin mirarlo.

—La última lluvia reventó el maíz y ahora no hay ni para los bichos.

—¿Tienen pozo?

—Arroyitos no más que bajan de la sierra. Uno los mira y dan lástima. Cargan un hilito de agua... —Miranda exageró el gesto alargando la última palabra y levantando el dedo meñique. Mendoza sonrió.

—¿Y no la buscan más arriba?

El viejo frunció el entrecejo y pareció ofuscarse.

—Pero sí... Ya han tenido que repartir y se han peleado. Se la roban el agua. ¿Qué me dice?

—¿Y por qué?

—Y... ya va uno y dice que, como su huerta es más grande, a él le toca doble, ¿ve? Y viene el otro que le tapa el canal y le desvía el agua. Y otro va a vigilar, cuchillo en mano, y ya salen los perros y las mujeres...

—¿Y no hay quien... ponga orden? —Inició la pregunta con despreocupación pero la terminó casi ahogado y sin voz. Miranda lo miró por el rabillo del ojo y bajó la vista. El Coronel se echó hacia atrás frotándose los brazos. Ambos guardaron silencio pero Mendoza quedó expectante, como si hubiera tropezado con una bestia dormida y esperara ahora que despertase.

—Le voy a preguntar algo —dijo Miranda al rato—, pero no me conteste si no quiere. —Acomodó la yerba en el mate y lo retuvo entre sus manos—. Usted estuvo en el Pozo de Vargas. ¿Cómo se portaron?

Mendoza bajó la vista.

—Perdieron porque se apuraron. Casi no tenían pólvora. Porque pelearon con desesperación.

El otro cabeceó.

—Sin desespero no había para qué ir a la guerra. Pero usted dice que la desesperación nos mata. —Miranda se lo repitió para sí, como no queriendo olvidarlo—. Me quedaba sólo un hijo —agregó—, y debe haber estado ahí. —Guardó silencio y luego preguntó sin mirarlo—. ¿Por qué lo dejó morir?

Mendoza se sostuvo de la mirada del viejo y después volvió la cabeza hacia los cerros. El sol se había ocultado y las sombras conquistaban las laderas. Sólo las cimas conservaban un destello mortecino de luz. Se preguntó si tendría escrúpulos para vivir. Un campesino miserable como ese tenía la dignidad que él había perdido. ¿No se reducían todas las cosas con el tiempo? Apretó las mandíbulas y se sofocó. Voces,

disparos, las imágenes del Juez y de Matilde se enredaban en su memoria en una sucesión discontinua e infinita. Todo aquello parecía pertenecer a otro y, sin embargo, por alguna razón sencilla cargaba él con su destino. Miró hacia un lado y otro. Sus pómulos se cubrieron de venitas azules. Le vibraron los labios y su frente cargó sobre el arco de las cejas el peso que no pudo soportar.

—Yo no quise matarlo —dijo con la voz quebrada.

Le tembló la barbilla y agregó:

—Un enemigo es un ser desdichado. Siempre es blanco de nuestra necesidad.

Mendoza se volvió hacia el viejo con los ojos anegados en sangre.

—Yo no conozco el perdón —dijo y sus labios corcovearon en una mueca de dolor—. No sé perdonar. —Tomó aire y lo expulsó con violencia—. Yo soy menos que yo. Alguien dentro de alguien.

Bajó la cabeza. Lo acometió un temblor y se sujetó por los brazos.

—A mí me perdonó —dijo Miranda.

El Coronel trató de contenerse.

—Yo perdí —contestó— hasta esa posibilidad. —Alzó la vista pero en ese momento el otro giró la cabeza hacia el camino y quedó con los labios entreabiertos. Mendoza se alzó de la silla y fue hasta el árbol. Se apoyó en una rama y vio la polvareda que asomó en el horizonte, una nube que se extendía con la rapidez de un tornado. El sonido de los cascos conmovió la tierra y por fin se distinguieron los jinetes. Crispado, el Coronel buscó en su cinto el arma que ya no tenía. Miró al viejo que permanecía absorto en su silla y sintió que un abismo volvía a abrirse a su alrededor. Era tarde para hacer nada. Se distinguían con claridad los pañuelos rojos, las lanzas cruzadas, los aperos. Giró sobre sí, aturdido. Después se quitó la chaqueta, la hizo un bollo y, pisoteándola detrás del árbol, la cubrió con unos pastos. Se volvió hacia Miranda y trató de leer en sus ojos. El hombre lo había visto hacer sin inmutarse y ahora lo atravesaba con la mirada, indagando en su corazón.

La caballada entró en la calle y dando un rodeo se detuvo frente al rancho. Los gauchos alzaron sus lanzas y vivaron al General Miranda y a Facundo Quiroga. Mendoza se estremeció. Un muchachón enorme, de melena y barbas salvajes, se arrojó del caballo y corrió a abrazarse con el viejo. Se besaron y volvieron a separarse.

—Padre —dijo—. Nos ganaron en Vargas pero ahora vamos de nuevo. No quise volver a pelear sin pasar a visitarlo. Le traigo saludos del General.

El viejo tenía los ojos humedecidos y su pecho parecía haberse agrandado. Mendoza miró a los gauchos que permanecían montados y ellos lo saludaron con un movimiento de cabeza.

Volvían otra vez, pensó. Casi sin armas, incapaces de darse por vencidos, con sus lanzas y boleadoras... Ahí estaban los que también hablaban en nombre de la patria.

Hijos de los primeros montoneros, nietos también de la independencia. Indios católicos nacidos en ese otro país, dispuestos a entregar la última sangre a los estragos de la pólvora, al acero del progreso, a una masa de dinero que jamás podrían imaginar...

Mendoza bajó la vista. Miró el bulto de su chaqueta entre los yuyos y luego al anciano.

—¡Miranda! —gritó de pronto, encarando al viejo. Le tembló la voz y cerró uno de sus puños—. Si el cura no hubiera hablado yo lo habría matado por la espalda.

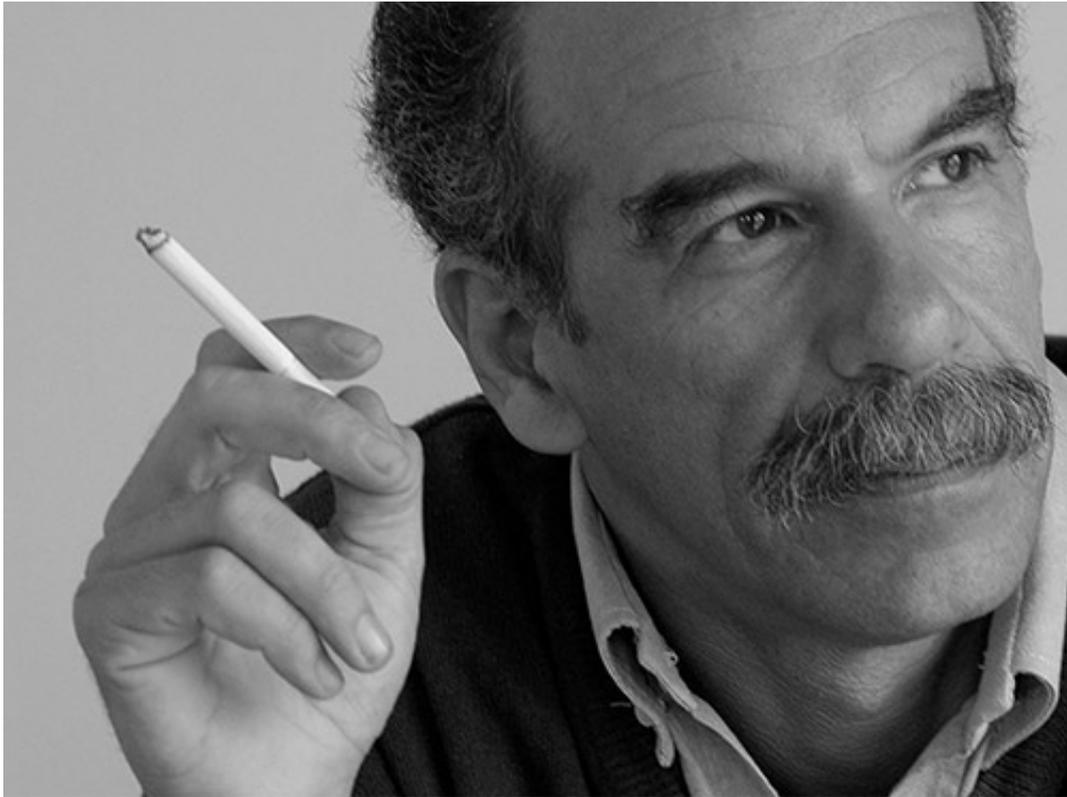
Los ojos del anciano se ensombrecieron.

—¿Quién es, padre? —preguntó el muchacho tomándolo por los hombros y mirando hacia Mendoza con fiereza.

El viejo bajó la vista y arrugó la barbilla. Luego miró al Coronel.

—Es un vecino, José. Está herido en la cabeza y cansado de vivir en guerra.

Lo tomó del brazo y, palmeándolo, lo condujo dentro del rancho.



CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ (Buenos Aires, 1955) es escritor y periodista, vive en Montevideo desde 1989.

Ha publicado las novelas *Pozo de Vargas*, *Bicicletas negras*, *La mujer hablada* (Premio Bartolomé Hidalgo), *Tres muescas en mi carabina* (premio Juan Carlos Onetti) y *La costa ciega* (Mondadori, 2009). Es autor del libro de cuentos *Mares baldíos*, y de las biografías *Construcción de la noche*, *La vida de Juan Carlos Onetti*, *El bastardo*, *La vida de Roberto de las Carreras* y *Tola Invernizzi*. También *La rebelión de la ternura*, así como de varios libros de investigación y viajes, entre los que se destacan *El norte profundo*, *Las puertas de la tierra* y *Escritos en el agua* (Premio Nacional del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay). *La casa de papel* mereció el premio de la Fundación Lolita Rubial, el Premio Especial del Jurado de los Jóvenes Lectores de Viena y fue finalista del Athens Prize for Literatura, Grecia. Ha sido traducida a más de veinte idiomas y lleva vendidos más de 150 mil ejemplares.

Notas

[1] «Seguimos en el siglo XIX», reportaje de Diana Sperling en Clarín Cultural, Buenos Aires, 6/6/85. <<